

Ana María Goetschel, coordinadora

De la sublevación a la participación:

las mujeres en la
historia del Ecuador,
siglos XVIII-XX



FORO

FLACSO Ecuador | Abya-Yala

Índice de contenidos

Abreviaturas y siglas. XI

Agradecimientos XIII

Introducción:

la historia de las mujeres y los estudios de género
en el Ecuador como campo de conocimiento. 1

Ana María Goetschel

PARTE I

SUBLEVACIONES Y CENSOS EN LA COLONIA
Y EN LA REPÚBLICA

Capítulo 1

Las capitanas sublevadas de Otavalo:
violencia y liderazgo en 1777. 37

Mireya Salgado Gómez

Capítulo 2

Demografía histórica e historia de las mujeres
en la Sierra ecuatoriana, siglos XVIII-XIX. 56

María José Vilalta

PARTE II

NARRACIONES Y REPRESENTACIONES

EN LOS SIGLOS XIX Y XX

Capítulo 3

La Emancipada o el significado de la República
en la vida de las mujeres del siglo XIX. 85

Rosemarie Terán Najas

Capítulo 4

Maternidad y nación: el discurso autorral
de escritoras ecuatorianas en la primera
mitad del siglo XX. 100

Natalia Loza Mayorga

PARTE III

ECONOMÍA, TRABAJO Y EDUCACIÓN

EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

Capítulo 5

Hacia la autonomía económica de la mujer casada:
la ley de 1911 y las reformas de los
años treinta en Ecuador. 131

Carmen Diana Deere

Capítulo 6

La hegemonía de género y la modernización
de los movimientos obreros, 1895-1938 168

Erin E. O'Connor

Capítulo 7

La educación de las mujeres y el laicismo
en la primera mitad del siglo XX. 197

Ana María Goetschel

PARTE IV

PARTICIPACIÓN POLÍTICA

DURANTE EL SIGLO XX

Capítulo 8

Militancias de mujeres en las izquierdas:

estrategias, agendas y conflictos, 1938-1966 233

Tatiana Salazar Cortez

Capítulo 9

Activismo político femenino en las campañas

presidenciales de 1960 y 1968 261

Ximena Sosa C.

Capítulo 10

La emergencia de subjetividades feministas

en Ecuador, 1970-1980 297

Gioconda Herrera

Sobre las autoras 348

Capítulo 10

La emergencia de subjetividades feministas en Ecuador, 1970-1980*

Gioconda Herrera

No solamente queremos dar
la vida, queremos cambiarla [...]
Queremos no sólo una nueva sociedad y no sólo
la igualdad ante la Ley, sino ante la vida [...]
Aquí estamos, unidas con conciencia de mujer y de pueblo
para plantear serena pero firmemente nuestro
compromiso de cambiar la vida y ganar la paz

—Acción por el Movimiento de Mujeres

Los feminismos en el Ecuador del siglo XXI conocen un momento de efervescencia que se ha expresado en su creciente centralidad en la disputa por los sentidos de la nación, en sus luchas materiales por la justicia social y en sus esfuerzos por articular sujetos políticos de transformación social desde

* Quiero agradecer a Soledad Quintana, quien me acompañó en 2003 y 2004 en la realización de todas las entrevistas que sirven ahora de base para este texto. Juntas nos sorprendimos y deslumbramos con todas las historias y anécdotas que escuchamos de la voz de mujeres poderosas y sabias. A partir de esta experiencia de complicidad y muchas risas se forjó una amistad para la vida.

Este texto se basa en una investigación más amplia sobre el movimiento de mujeres en el Ecuador desde los años 1980 a 2000. Quiero agradecer a Dolores Padilla, Leonor Bravo, Patricia Bermúdez, Rosa Manzo, Rosa López, Cecilia Jaramillo, María Leonor Jiménez, Rocío Rosero, Cindy Chiriboga, Laura Buitrón, Zonia Palán, Feliza González, Miriam Alcívar, Gladys Dután, Liliana Durán, Tatiana Cordero, Libya Cajamarca, Piedad Moscoso y a muchas más mujeres, quienes me entregaron sus historias y testimonios sobre las experiencias que dieron nacimiento a una subjetividad colectiva feminista desde distintos espacios y lugares de enunciación. En seguimiento a las directrices sobre ética de investigación de la FLACSO Ecuador, en este texto uso seudónimos.

el reconocimiento de desigualdades entrelazadas. Esta efervescencia forma parte de un torrente latinoamericano que en los últimos diez años ha logrado posicionar temas claves de la agenda feminista en la esfera pública. El camino no ha sido lineal ni unívoco y más bien se ha forjado a la luz de disensos, conflictos y disputas en su interior y con otros actores sociales y políticos.

Por otra parte, estos feminismos también se han configurado en contextos políticos, económicos e ideológicos complejos. El peso creciente de los fundamentalismos religiosos en la definición de la convivencia social y la política, así como de proyectos económicos y societales neoliberales, y de prácticas autoritarias en el ejercicio del poder político han sido el telón de fondo de las luchas feministas en los últimos veinte años en América Latina y en el país.

A pesar de las dificultades, es innegable que temas como la condena a las múltiples violencias de género presentes en el tejido social, el reconocimiento de injusticias sociales y materiales en la vida de mujeres, niñas y de personas sexo-diversas e inclusive el derecho al aborto han logrado posicionarse en la esfera pública, alcanzando cierta legitimidad social, algo que parecía impensable hace veinte años. Si bien cada una de estas demandas todavía tienen un largo camino por recorrer, tanto en el nivel institucional como en términos del goce efectivo de derechos, ya no es posible imaginar un proyecto político de transformación social que no coloque en el centro, y no de manera secundaria o periférica, a las luchas feministas.

La efervescencia feminista actual, sin duda, tiene muchas explicaciones que han sido ensayadas en otros contextos y casos. Temas como la intensidad de los lazos transnacionales que habilita la circulación de ideas y de traducción de los feminismos en contextos específicos (Rivera Berruz 2021, Álvarez 2014), el uso de las tecnologías digitales y de comunicación (Friedman 2016) y la multiplicación de voces producto del fortalecimiento de los feminismos populares, indígenas y afrodescendientes, comunitarios han ampliado el espectro de las prácticas feministas y han cuestionado y descentrado los sujetos y las identidades (Curiel 2007, Herrera y Coba 2013). Por último, los cambios generacionales (Larrondo y Ponce Lara 2019) también han permitido el fortalecimiento y diversificación de la acción colectiva feminista en América Latina.

Además, existe un conjunto importante de trabajos que contienen reflexiones sobre las distintas aristas de esta efervescencia feminista latinoamericana. Hay al momento una producción académica muy rica sobre los feminismos en tanto teorías políticas y propuestas de transformación social en el continente. De igual manera, se ha reflexionado sobre el carácter de tal acción colectiva. No vamos a retomar estas discusiones aquí, pero queremos señalar que el ímpetu se ha focalizado en ensayar miradas genealógicas, de descentramiento de los sujetos y de inclusión de diversas geografías feministas en la comprensión de su política y acción.¹

Este trabajo se inscribe en esta línea, de carácter genealógico, y busca ofrecer un análisis histórico situado —y también parcial— de la emergencia de ciertas subjetividades e identidades feministas en el Ecuador, entre 1970 y 1990 en cuatro ciudades del país: Quito, Guayaquil, Cuenca y Machala. Partimos de la necesidad de recuperar experiencias en contextos locales específicos y, sobre todo, de entender cómo estos contextos locales nos ayudan a matizar algunas de las interpretaciones más hegemónicas que se han construido acerca de los denominados movimientos de mujeres en América Latina en ese período.

Los estudios sobre la acción colectiva de las mujeres en América Latina generalmente ubican el surgimiento de organizaciones feministas entre los años 1970 y 1980 como parte de los procesos de transición a la democracia y de fortalecimiento de la sociedad civil. De acuerdo con esta literatura, los sujetos y las prácticas más específicamente feministas —que cuestionaban no sólo la exclusión de las mujeres de la esfera pública sino también la sujeción de sus cuerpos— emergen al calor de la multiplicación de organizaciones de mujeres populares, del movimiento por los derechos humanos, de experiencias de educación popular, entre otros (Vargas 2002). Estas organizaciones apuntaban a construir un campo de acción política y de resignificación cultural que disputara la subordinación de las mujeres en la sociedad y fueron producto del quiebre de

¹ Ver, por ejemplo, los textos de Francesca Gargallo (2006), Rivera Berruz, (2021) y Fernández Anderson (2021), las compilaciones de los grupos de trabajo feminista de CLACSO (Larrondo y Ponce Lara 2019) y los trabajos desde la descolonización de los feminismos (Curiel 2021), para solo mencionar unos pocos.

formas de organización y acción colectiva homogenizadoras como los partidos políticos o los sindicatos (Vargas 2002). En el caso ecuatoriano, los estudios sobre las organizaciones de mujeres en esa década también las concibieron en esa línea, como parte de la redefinición de las expresiones sociales y políticas en la construcción de la democracia (Prieto 1986) y en el marco de la resistencia a proyectos neoliberales en la llamada década perdida de los años 1980, con el advenimiento de ajustes estructurales en el país que impactaron en la gestión de supervivencia de los sectores populares (Rodríguez 1990, Lind 2005).

En general, en América Latina, la literatura especializada de los años 1980 indica que los movimientos de mujeres en sus inicios se caracterizaron por su estrategia de confrontación con el Estado, y luego caminaron, desde 1990 en adelante, en la institucionalización ya sea dentro del Estado o a través de organizaciones no gubernamentales, con lo que se produjeron acciones de cooptación y eliminación de la capacidad de subversión del orden patriarcal (Álvarez 1998).

Esta crítica en el caso ecuatoriano se tradujo en varios textos producidos en la primera década del siglo XXI que miraron con pesimismo el fin de siglo como un momento en el que la acción colectiva de las mujeres estaba desdibujada y las demandas feministas atrapadas en un discurso institucionalista. Por ejemplo, el trabajo de Raquel Rodas (2007) *Muchas voces, demasiados silencios* —cuyo título revela en gran medida el argumento que sostiene la autora— analiza el discurso de lideresas del movimiento de mujeres provenientes de distintas provincias, grupos etarios y étnicos y concluye, entre otras cosas, que si bien se había producido una multiplicación de voces dentro del movimiento, existía una falta de identificación de gran parte de las activistas con el feminismo y que sus prácticas estaban lejos de buscar la politización de lo privado. Rodas sostiene que las mujeres activistas no cuestionaban aspectos básicos de la agenda feminista como la sexualidad, la autonomía, la subjetividad de las mujeres, el trabajo no remunerado, el acceso de las mujeres a la ciencia y el arte. Más bien lo que se había priorizado era la instrumentalización de saberes y la burocratización de la política, lo cual favoreció el mantenimiento del poder patriarcal. Esto se explicaría por la transición de una narrativa y práctica que ponía el acento en las subordinaciones

de las mujeres hacia un discurso sobre el género desprovisto de politicidad que apuntaba a la interlocución con el Estado y las políticas públicas. Para la autora, la noción de género tiene una “naturaleza políticamente vaga y amorfa” (61) y ha convertido al feminismo en un feminismo sin mujeres. Además, el movimiento de mujeres ecuatoriano habría descuidado la reflexión feminista colocando el grueso de su accionar en el cabildeo con el Estado en detrimento de la transgresión cultural y social del patriarcado. Para Rodas, la década de 1990 no permitió el surgimiento de una nueva subjetividad feminista, pues el nivel simbólico y el imaginario social no se habrían alterado y tampoco el movimiento de mujeres parecía caminar en esa dirección. En ese sentido, en su texto la autora hace un llamado a recuperar el accionar de los años 80 y a otorgar un mayor peso a las prácticas políticas orientadas a desmontar los imaginarios culturales que sostienen el patriarcado. Es decir, a principios de los 2000 se miraba retrospectivamente a la década de 1980 como un período más autónomo en el cual las disputas culturales y de poder cotidiano alcanzaron niveles de transgresión que la institucionalización de los años 1990 y 2000 estaba dejando de lado.

En esa misma línea, María Cuví encuentra que el movimiento feminista en Ecuador no ha sido escuchado y que las élites políticas y culturales del país no han asimilado los cambios culturales provocados por la irrupción del feminismo en el país en la década de 1980. Para Cuví (2007, 45), las reivindicaciones del feminismo eran traducidas en los discursos de las élites políticas y culturales como temas de mujeres que no suscitaban la atención y la relevancia que sí habían alcanzado las desigualdades étnicas y de clase en el discurso público, en contraste con el auge del movimiento indígena y su presencia en el debate público. Para esta autora, las lideresas no habían logrado cambiar el imaginario sobre las mujeres en el país y esta desconexión entre “discursos propios y ajenos” (31) se debía a su apego a un feminismo institucionalizado, de mano de las agencias internacionales, que había descuidado su relación con la realidad nacional y estaba despolitizado. Al igual que Raquel Rodas, María Cuví propone un giro hacia el fortalecimiento de acciones que apuntaran a denunciar las expresiones de la cultura patriarcal y a la construcción de un feminismo que asuma los desafíos de las diferencias. Esta crítica, como lo mencionamos anteriormente,

encontraba eco en los cuestionamientos de lo que Álvarez (1998) llamó la “onegeización” del movimiento de mujeres en América Latina.

Desde una perspectiva marxista, Erika Silva (2005) también levantó su crítica a la utilización del concepto de género en el trabajo comunitario pues no había modificado las relaciones de dominación y su uso por parte de los organismos internacionales y gran parte de las organizaciones no gubernamentales (ONG) más bien obedecía a un discurso desarrollista de modernización que dejaba intactos los ejes de dominación de la sociedad ecuatoriana. En una vertiente menos pesimista, Silvia Vega habla más bien de una ciudadanía incompleta y examina el proceso recorrido por las mujeres organizadas en el contexto de la crisis política, la crisis de los partidos y también del Estado de finales de la década de 1990. Para Vega (2000), existió una paradoja en el accionar de las mujeres organizadas de apuntar hacia el Estado en la coyuntura en que este se encontraba, de profunda crisis de legitimidad. Al analizar las acciones de institucionalización de las políticas de género dentro del Estado en la década de los 1990, Herrera (2001) también encontró que los procesos de traducción del género dentro del Estado terminaban desdibujando su capacidad de transformación de las relaciones de poder. La idea no era despojarse del concepto de género sino analizar las formas en que este era resistido, reconfigurado y asimilado en las instituciones hasta perder su ímpetu original e instrumentalizarse en discursos civilizatorios.

¿Pero qué había sucedido en los años 1980? ¿Cuáles fueron esas prácticas feministas que aparecían en los recuentos de dichas autoras con cierta nostalgia por un feminismo perdido? ¿Cuál era ese feminismo no cooptado por el Estado? ¿Quiénes eran los sujetos (las sujetas) del emergente feminismo ecuatoriano de los años 1980? ¿Cuáles fueron sus orígenes?

Estas fueron algunas de las preguntas que me inspiraron a volver la mirada a esa década y explorar —en las trayectorias de algunas mujeres reconocidas en esos años como lideresas del movimiento en el país— la emergencia de imaginarios que buscaran subvertir el orden de género (Connell 1987) en sus espacios de lucha social.

Un segundo aspecto que me inspiró a explorar lo sucedido en la década de 1980 fue la relación con la diferencia. Cuando se piensa el feminismo

de los años 80 en el país resalta su carácter eminentemente mestizo, con orígenes de clase media y popular urbana, aunque sin espacio para la expresión de voces negras, indígenas, lesbianas y de otras disidencias. Hasta el año 2000, en el caso de la región andina, los trabajos planteaban la diversidad de expresiones del movimiento feminista (y de mujeres, pues se hacía esta distinción) en términos de clase y de mayor o menor autonomía frente a otras expresiones políticas, pero no desde la interseccionalidad. Virginia Vargas proponía, por ejemplo, la existencia de tres vertientes: aquella que se construye como feminista tempranamente, de extracción de clase media, generalmente con orígenes en la izquierda y que centra sus posicionamientos en la politización de espacios privados. Otra línea era aquella desarrollada por las mujeres que acompañaron el fortalecimiento de organizaciones populares, cuyas acciones más bien estaban vinculadas a demandas hacia al Estado a favor de sus comunidades, barrios y familias, y que a través de esos núcleos cuestionaron su subordinación. Por último, estaría una vertiente de mujeres más bien vinculadas a los partidos políticos y a procesos de democratización de los espacios formales de participación política (Jaquette 2009; Vargas 2002). En el caso de Ecuador, esta división ha sido cuestionada por miradas más atentas a las diferencias, a la intersección de varias formas de dominación y por la necesidad de recuperar otras luchas de mujeres que acompañaron acciones de transformación social (Santillana y Aguinaga 2012). Así, los feminismos comunitarios, indígenas y afrodescendientes no aparecen solamente en la década del 2000, como tiende a situarlos la literatura al hablar de la pluralización de los feminismos o de los feminismos del disenso, sino que —tal como lo plantean Fernández Anderson (2021) y otras— ha sido necesario cambiar el lente a través del cual hacemos nuestros ejercicios de la memoria y recuperar aquellas luchas desde perspectivas que desmonten la construcción de sujetos únicos, puros y homogenizadores que terminan reproduciendo espacios de opresión (Curiel 2021).

Al analizar la década de 1980 este texto no recupera aquellas voces plurales —un ejercicio de memoria pendiente para el caso ecuatoriano—, sino que se limita a analizar el lugar que ocupa la alteridad, esas “otras” en el discurso de algunas militantes feministas de clase media y urbanas.

En un país como Ecuador que se constituye profundamente marcado por clivajes de clase, raza y étnicos, las acciones que apuntaron a denunciar la subordinación de las mujeres estuvieron imbricadas en narrativas que representaron esas alteridades. El trabajo de Goetschel y otras (2007), de principios y finales del siglo XX, mostró que los afiches y representaciones de mujeres afros e indígenas formaron parte de la narrativa de espacios autodenominados feministas. No es el caso de la disidencia sexual, que no aparece representada en el material recuperado.²

Apuntes metodológicos

Este texto se basa en entrevistas realizadas entre 2003 y 2005 a mujeres de clase media, reconocidas como lideresas del movimiento de mujeres que en ese entonces se autodenominaban feministas, aunque no siempre lo habían hecho en décadas anteriores. Muchas de las entrevistadas me permitieron acceder a sus archivos personales, a través de los cuales se pudieron también recuperar revistas, proclamas, fotonovelas de educación popular y otros materiales que se produjeron en la década de 1980 desde distintos colectivos como parte de su activismo en diversos espacios sociales.

Se entrevistó a mujeres que desarrollaron prácticas culturales y políticas orientadas a decodificar diversas construcciones culturales opresivas. También se entrevistó a feministas que acompañaron el fortalecimiento de organizaciones de mujeres urbano-populares, quienes, junto con el despliegue de diversas estrategias de supervivencia para enfrentar la crisis económica de los años 80, caminaron hacia la construcción de actorías propias al interior de sus barrios. Una tercera vertiente fue conversar con mujeres con doble militancia, en partidos y en organizaciones femeninas. En estos dos últimos grupos, su autodefinición como feministas llega después de los años 80.

² Esto habla también de las limitaciones en términos de archivos y de documentos disponibles. Es necesario reconstruir no solamente una memoria mucho más exhaustiva desde voces indígenas, afros, lesbianas, trans, urbano populares, sino también trabajar en la construcción de archivos que permitan abordar esa diversidad. A los archivos públicos se debe sumar la creación de archivos de “la calle” y archivos personales.

El análisis se basa en entrevistas a mujeres de clase media y urbana y por lo tanto no pretende ser ni exhaustivo ni erigirse como un estudio sobre la acción colectiva feminista en el Ecuador de los años 80. Eso demandaría una mirada mucho más atenta a las trayectorias sociales y políticas de mujeres pertenecientes a organizaciones comunitarias, populares, indígenas, afros, montubias y de otras diversidades en esa época.

Las entrevistas se estructuraron en torno a cuatro bloques: los procesos y acciones de visibilización social y política de los movimientos, su relación con el Estado y con otros movimientos, la construcción de identidades colectivas y las implicaciones de estas prácticas en la experiencia de vida de las protagonistas.

Lo que incluimos como acciones feministas comprende un abanico muy amplio de acciones. Retomamos la ya clásica concepción de Sonia Álvarez (1998, 298) sobre el feminismo como un campo “amplio, heterogéneo, policéntrico, multifacético y polifónico de discursos y actuación/acción en donde las mujeres que se dicen feministas actúan o pueden actuar, envueltas no sólo en luchas clásicamente políticas, sino también en disputas por sentidos, por significados, en luchas discursivas, en batallas esencialmente culturales”. Con esta concepción queremos aludir, entonces, tanto a discursos en los que se ha plasmado explícitamente un posicionamiento feminista, como también a prácticas organizativas que denotan el cuestionamiento y la decodificación de procesos de subordinación y opresión relacionados con las construcciones sociales de género. Es decir, partimos de una concepción más bien amplia y abierta de lo que significarían las expresiones feministas.

Además, la mirada subjetiva sobre el pasado que reconstruyeron las mujeres entrevistadas permitió hurgar en momentos de sus vidas anteriores a la militancia de los años 80, generalmente relacionadas con experiencias más íntimas que a la luz de sus trayectorias fueron identificadas como momentos de ruptura. Por ello, varias de las entrevistadas ubican la década de 1970 como un período que podríamos denominar de “incubamiento” de subjetividades feministas. Al rescatar en lo posible la voz de las entrevistadas se intenta colocar la memoria de las protagonistas sobre determinados eventos y de visibilizar el significado que atribuyeron a sus acciones.

El contexto

Los movimientos de mujeres en la década de 1980 en Ecuador no fueron ajenos a los acontecimientos políticos más generales y más bien son un reflejo de las tensiones regionales, étnicas y de clase que han marcado las conflictivas etapas de construcción de la ciudadanía en el país. Además, estos movimientos se desenvuelven en una cultura política marcada por las presiones y acuerdos de relaciones clientelares y patrimonialistas y son producto de las luchas por la inclusión en sociedades altamente jerarquizadas. A diferencia de la perspectiva que sobre los llamados nuevos movimientos sociales se planteó, como espacios alternativos de convivencia y de construcción democrática, en este trabajo más bien se concibe la acción colectiva de las mujeres organizadas y la disputa por resignificar el entorno cultural y de género en que se desenvuelven, como parte de una dinámica social caracterizada por conflictos y mediaciones múltiples. En estos espacios se han dado al mismo tiempo intentos de construcción ciudadana más incluyentes y reconversiones de prácticas clientelares típicas de la política tradicional; por tanto, los sujetos y las experiencias que han marcado estos procesos de construcción ciudadana son múltiples.

Este texto apunta a mostrar, en primer lugar, que las acciones de denuncia de la subordinación de las mujeres combinaron actuaciones fuera del Estado, contra el Estado y también negociaciones con el Estado desde los tempranos años 80. Una segunda cuestión es que, si bien la mayoría de las organizaciones fueron agrupaciones mayoritariamente de clase media y mestizas, sus narrativas y representaciones colectivas no son autorreferentes sino que en ellas aparecen representadas mujeres afros, indígenas y mestizas urbanas de sectores populares. Si bien el carácter ventrílocuo de estas organizaciones es innegable, el imaginario del movimiento no fue homogenizador o exclusivamente centrado en las mujeres mestizas, aunque sus prácticas pueden haber sido excluyentes para otros grupos. En tercer lugar, en el caso ecuatoriano, la discusión sobre el acceso al espacio público, el cambio de las leyes y la participación política fueron partes importantes de la reflexión desde la década de 1970 y si bien los colectivos que se autodenominaron feministas buscaron más bien actuar a nivel de la

cultura y la sociedad —a través de sus escritos y en la calle— otros grupos de mujeres centraron sus acciones y reflexiones en la igualdad y el acceso al espacio público, en continuidad con lo que había sido el camino del feminismo de comienzo de siglo XX (Goetschel 2006).

Por ello, este texto se centra en describir el esfuerzo de las mujeres organizadas por descubrirse y construirse como nuevos sujetos y así mismo el impulso hacia la autonomía de muchas de estas formas de acción colectiva. Este impulso se dio de manera plural y tomó forma en condiciones históricas y sociales específicas. Por eso también mi interés por mirar más allá de Quito, en tres otras ciudades del país.

En definitiva, no se ofrece en este texto una recuperación de los movimientos de mujeres en el sentido del *her story* que caracterizó los estudios de género cuando se luchaba por legitimar a las mujeres como actores históricos importantes. Se trata de un ejercicio de la memoria sobre las prácticas, las acciones, los discursos y los procesos experienciales de algunas lideresas en el país, que busca recuperar —desde los fragmentos, las divergencias, las rupturas y los anhelos de unidad— un momento específico de la construcción conflictiva y contradictoria de la ciudadanía de las mujeres en Ecuador.

El texto se desarrolla en cuatro secciones. Una primera parte sitúa los orígenes de esas acciones y subjetividades feministas en los años 1970, al calor de la militancia estudiantil y obrera, a través de las voces de algunas de sus protagonistas. En una segunda sección se analizan las rupturas experimentadas tanto a nivel subjetivo como de sus organizaciones y partidos y la transición hacia espacios más autónomos de actuación de las mujeres. Luego el texto recupera distintas prácticas feministas a través de la palabra, la imagen y la educación popular, así como la conformación de núcleos de discusión y acción y los encuentros feministas como formas que luego se plasmaron en la emergencia de organizaciones de mujeres y feministas. El texto concluye con algunas reflexiones sobre lo que significó esta década para pensar los feminismos contemporáneos.

Fragmentos sobre los orígenes de una conciencia feminista, 1970

Trabajos historiográficos anteriores han mostrado la presencia de acción y pensamiento feminista en Ecuador desde finales del siglo XIX y los albores del siglo XX (Goetschel 2006, Prieto y Goetschel 2008). El período que va de 1940 a 1960 ha sido poco documentado todavía, pero a través de la recuperación de figuras femeninas como Nela Martínez, Dolores Cacuanango, María Luisa Gómez de la Torre, Tránsito Amaguaña, se ha analizado cómo el discurso social de la época estuvo imbricado en debates, acciones y experiencias donde estuvieron presentes demandas y reivindicaciones relacionadas con la desigualdad de las mujeres trabajadoras, indígenas y profesionales (Rodas 2007; Coronel et al. 2022).

En la década de 1960 se puede identificar también algunas organizaciones como la Unión Nacional de Mujeres del Ecuador, la Federación Ecuatoriana de Mujeres Profesionales o el Frente Continental de Mujeres “Nela Martínez” que aglutinaron denuncias y demandas de participación social y política. Por ejemplo, la Unión Nacional de Mujeres del Ecuador se funda en 1960 y su líder fue durante muchos años Irene Paredes, una maestra quiteña. Esta organización se propuso alcanzar mejores condiciones de vida y trabajo, ampliar los servicios del Estado para las mujeres y mejorar las oportunidades de *integración* de la mujer en todos los aspectos de la vida nacional. Es decir, mantenía una agenda de corte liberal que apuntaba a la acción del Estado en promover igualdad en el espacio público. Esta entidad mantuvo una serie de congresos nacionales y también tendió vínculos con organizaciones de mujeres campesinas (Troya 2006).

Sin embargo, en la década de 1970 se inaugura un nuevo momento para las organizaciones sociales en general y se marca el origen de un primer cuestionamiento al papel de las mujeres en su interior.

Al rojo vivo: las mujeres en la lucha estudiantil y la lucha obrera

Los años 70 trajeron una serie de transformaciones importantes para el país en el contexto de dos dictaduras, del general Rodríguez Lara y luego del triunvirato integrado por Alfredo Poveda, Guillermo Durán Arcentales y Luis Leoro Franco. También fue una década de bonanza petrolera que permitió impulsar la modernización económica, profundizar el tímido modelo de sustitución de importaciones iniciado en la década anterior y fomentar la educación. Estos cambios produjeron el crecimiento de sectores de clase media, especialmente en las ciudades, y estuvieron acompañados por el fortalecimiento de los movimientos obrero, estudiantil y urbano popular. En esta década se conforma el Frente Unitario de Trabajadores (FUT), que liderará la lucha sindical en esa y la siguiente década, y también surge la Federación de Estudiantes Secundarios del Ecuador (FESE), la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador (FEUE) y un fuerte movimiento urbano popular. La lucha por la justicia social, los derechos laborales y la redistribución de la riqueza incluyen las demandas que aglutinan estos movimientos (Muñoz Vicuña y Vicuña Izquierdo 1985).

En esta década se multiplican también las organizaciones de mujeres al calor del movimiento estudiantil y del movimiento obrero. El acceso de ellas a la educación superior y su ingreso a la militancia de partidos de izquierda marca una significativa presencia femenina en estos movimientos. Los testimonios de nuestras entrevistadas, que participaron en estas organizaciones, permiten identificar ya ciertas rupturas con prácticas políticas anteriores, de corte individual y subjetivo antes que de acción colectiva, relacionadas con temas de subordinación de las mujeres y deseos de construir espacios sociales y políticos autónomos para ellas.

Según varias de las entrevistadas, si bien se multiplicaron las organizaciones de mujeres al interior del movimiento estudiantil y obrero y en los partidos de izquierda, estos núcleos no necesariamente trabajaban en torno a la subordinación de las mujeres. Por ejemplo, los partidos políticos de izquierda incluían en sus actividades de promoción la celebración del 8 de

marzo, Día de la Mujer, pero estas ocasiones eran vistas como estrategias de reclutamiento de militantes mujeres y estaban muy alejadas de una interpelación feminista (Logroño 2004).

Por otra parte, los espacios de la dirigencia universitaria eran reductos masculinos, blancos y de una clase privilegiada. Por ejemplo, parte de la memoria actual del movimiento de mujeres en la ciudad de Cuenca se construye en torno al escándalo que suscitó entre los profesores de la Facultad de Medicina —varones blancos, de clase media y alta— la elección de una mujer enfermera, militante de un partido de izquierda, como subdecana, en 1977. Este hecho desató la renuncia de 52 profesores varones y fue cuestionado por las autoridades de la universidad. Gladys Eskola Torres (2017), la subdecana electa, terminó su período en 1979, con el apoyo del movimiento estudiantil y veinte años más tarde será una de las impulsoras del programa de estudios de género en esa universidad.

Así mismo, algunas lideresas se formaron en las movilizaciones de los colegios secundarios. Es allí donde tienen sus primeras experiencias de discriminación, aunque en ese momento no las procesaron de manera colectiva, inclusive las naturalizaron. Así lo comenta una compañera abogada en la ciudad de Guayaquil.

MARÍA LUISA. La FESE se creó en la casa de Teresa Franco, que fue una gran soprano, en la Chile y Colón, y me propusieron a mí para la primera presidenta de la FESE pero los compañeros dijeron: “¡Nooo...!” y hasta yo misma también dije que no porque era mujer..., fíjese, y eso lo acepté sin ninguna objeción pues yo pensaba: “¡presidenta uyy.. no!” Siempre acostumbrada al segundo rol, entonces me nombraron primera vicepresidenta... (Guayaquil, julio de 2003).

Por otra parte, identificamos la presencia de acciones relacionadas con denunciar abusos y acosos a mujeres estudiantes como parte del repertorio de acciones del movimiento estudiantil, por ejemplo en la primera huelga que nos relata una de nuestras entrevistadas, protesta realizada en la ciudad de Tulcán donde ella cursó sus estudios secundarios.

CONSUELO. En sexto curso organizamos la primera huelga de la historia

de nuestro colegio, el Nacional Tulcán, por demandas por lo que ahora diríamos son los derechos sexuales y reproductivos...una compañera nuestra salió embarazada por la acción de un profesor y frente a esto generamos el apoyo de la ciudadanía, de los jóvenes de otros colegios, y armamos un relajo increíble (Quito, febrero de 2003).

Las mujeres militantes de izquierda recuerdan la necesidad que tuvieron de “amoldarse” al machismo de sus compañeros para “sobrellevar” su presencia en el mundo masculino de sus organizaciones políticas en relación con actividades tan cotidianas como la ropa que vestían. “El primer año de Ingeniería Química me tocó ingresar por un corredor de compañeros, estaba puesta una minifalda...sentí la mirada de todos como que me desvestían, nunca más me volví a poner minifalda. Toda la vida universitaria y de militancia pase con *blu*jean y chompa” (Consuelo, Quito febrero de 2003).

Pero estos son también espacios de aprendizaje y de afirmación de liderazgos, como lo muestra el siguiente testimonio, en la ciudad de Machala:

CLARA. En ese medio fui creciendo e ingresé a un colegio básicamente de varones, el Colegio Nueve de Octubre, donde había mujeres, pero era un colegio fuertemente masculino. Uno de los colegios también más importantes en las luchas y en las movilizaciones estudiantiles; estaba a cuadra y media de mi casa, entonces toda la vida me pasé viendo manifestaciones alrededor de mi casa y oliendo las bombas, junto también a un padre que estaba metido en la dirigencia sindical de los trabajadores portuarios, de los trabajadores que cargaban el banano....Cuando yo me metí a la cuestión política era muy joven, en ese entonces tenía unos 16 años, era la primera vez que surgían mujeres, era una generación que empezaba a salir a las calles. Éramos buenas para agitar en ese entonces, ahora ya con la edad ya no puedo gritar tanto, pero en ese entonces teníamos una muy buena voz para agitar, para hablar, para disputarnos la dirección de las movilizaciones. Fue una época de crecimiento bien interesante, personalmente; sabíamos que podíamos armar discursos, sabíamos que podíamos agitar y que podíamos pelear igual que los hombres (Machala, julio de 2004)

Al interior de estos procesos de movilización y agitación del movimiento estudiantil secundario y universitario, tanto en Quito como en Guayaquil, se empezaron a plantear temas explícitamente feministas con influencias de un grupo de mujeres de clase media por su experiencia en las movilizaciones del Mayo de 1968 francés.

CONSUELO. Vinieron acá unas compañeras de sociología y con toda la influencia del movimiento de los estudiantes de Francia y la filosofía de Simone de Beauvoir. Nos agruparon a las jóvenes universitarias de medicina, ingeniería, filosofía... Estudiábamos marxismo con la dirección de estas compañeras, de estas amigas...pero también nos empezaron a hablar de la sexualidad, de las relaciones entre hombres y mujeres... Hablábamos de desarrollar nuestra propia autonomía, de lo que una era como persona (Quito, febrero de 2003).

MARÍA LUISA. “La percepción de mis propios derechos como persona viene después, cuando nos vinieron corrientes del exterior que realmente hablaban de lo que ahora llamamos género, eso fue por los años setenta y principio de los ochenta” (Guayaquil, julio de 2003)

Además de la circulación transnacional de ideas que vinieron desde Europa, las mujeres del movimiento estudiantil empezaron a descubrir a las escritoras de la tradición marxista, especialmente en Cuenca, Machala y Guayaquil, donde nuestras entrevistadas recuerdan los grupos de estudio en torno a los textos de Rosa Luxemburgo, Clara Zetkin y Alexandra Kollontai. “[Ellas] empezaban a meterse en nuestras vidas... nos llamaba la atención mucho el tema de los derechos de las mujeres desde una visión de izquierda, con una visión marxista...” (Clara, Machala, julio de 2003).

Respecto al movimiento obrero, existe un fortalecimiento importante de la acción directa de los trabajadores; entre 1972 y 1978 se produjeron 1463 conflictos laborales, 129 huelgas y tres huelgas generales, en 1971, 1975 y 1977 (Muñoz Vicuña y Vicuña Izquierdo 1985). En este contexto se funda el Comité Femenino de Solidaridad con los Conflictos Laborales, en 1974, y en 1978 surge la Unión de Mujeres Trabajadoras (UMT) al interior de la Confederación Ecuatoriana de Organizaciones Clasistas (CEDOC), así como la

Unión de Organizaciones Femeninas de Pichincha, la Secretaría Femenina de la ECUARUNARI (Confederación de Pueblos de la Nacionalidad Kichwa del Ecuador), y en 1979, el Departamento de la Mujer Trabajadora dentro de la Confederación de Trabajadores del Ecuador (CTE) (Troya 2006).

GILDA. La autonomía [al interior de la UMT-CEDOC] no se discutía, pero se peleaba espacios y reivindicaciones referentes a derechos, por ejemplo reproductivos, derechos laborales como las horas de lactancia, se peleaba por guarderías infantiles, se peleaba para que no sean sacadas las obreras por estar embarazadas, ese tipo de reivindicaciones, y las otras vinculadas a la generalidad de la lucha obrera y campesina... Tanto las instancias de las mujeres como las de la juventud eran de apoyo a la organización general..., era muy difícil involucrar en estos espacios las reivindicaciones de las mujeres, nos costaba un esfuerzo increíble... Estos frentes no progresaron mucho en consolidar una propuesta de defensa de los derechos de las mujeres. Más bien luego tuvimos que abandonar los partidos para ubicarnos en organizaciones autónomas de mujeres y desde allí tener nuestra propia voz y ser visibilizadas porque ni en los partidos ni en las centrales sindicales éramos visibles (Cuenca, mayo de 2003).

A pesar de las dificultades para pensarse como un espacio autónomo de las mujeres, la UMT de la CEDOC tenía una buena capacidad de movilización, lo que significó para ellas experiencias de acción política importantes. En 1979, la UMT realizó un Congreso en Quito al que asistieron alrededor de 800 delegadas de todo el país, cuya presidenta nacional era Gladys Dután, de la ciudad de Cuenca.

En Guayaquil también varios núcleos de mujeres surgieron precisamente de la experiencia con sectores sindicales, en el trabajo organizativo que realizaba con las obreras de las fábricas alimenticias de chocolate, galletas, fideos y entre las trabajadoras de limpieza de los hoteles. En los sindicatos se crearon las Secretarías de la Mujer y a través de ellas se establecieron relaciones con organizaciones de mujeres campesinas y pobladoras. La presencia de mujeres de clase media en este trabajo sindical estaba también vinculada a la militancia en partidos de izquierda.

MARTA. Estuve vinculada a la Unión de Mujeres Trabajadoras de la CEDOC...y ...todo lo que ahora nos esforzamos en ubicar como parte de los derechos económicos y sociales de las mujeres es parte de lo que nosotros desarrollamos en la UMT...las condiciones de trabajo de las obreras... Yo creo que eso tuvo algunas cosas interesantes como el hecho de que, por ejemplo, frente a todo el machismo que existía, especialmente en los dirigentes sindicales, se fue trabajando un liderazgo desde las mujeres. En un primer momento estábamos reducidas, en espacios diminutos como la Secretaría de la Mujer del sindicato, pero que luego, en un determinado momento fue más allá de eso. Varias de nosotras surgimos de esa lucha... Por lo menos aquí en el Guayas...junto con las mujeres campesinas, luego del proceso de reforma agraria, e incluso con mujeres pobladoras sí hubo un esfuerzo por colocar las demandas de las mujeres al interior de las de los trabajadores... Más allá de la CEDOC se daba también una relación con las mujeres de otros partidos, con el FUM (Frente Unido de Mujeres del Partido Comunista) o con el núcleo de mujeres del MRT... Pero uno de los factores que contribuyó al deterioro de este movimiento fueron las broncas partidistas...yo recuerdo haber estado en broncas contra compañeras, en golpes, entonces súper difícil...además no teníamos espacio, no construimos un espacio desde una reflexión y una vivencia diferente, era más o menos a cumplir la consigna... (Guayaquil, julio de 2003).

En articulación con el movimiento sindical y estudiantil se fortalece también el movimiento urbano popular, muy ligado al trabajo de los partidos de izquierda. En Cuenca, ya en 1975, se forma el grupo “8 de Marzo” con mujeres pertenecientes al Partido Comunista y al Movimiento Socialista de los Trabajadores que luego se aglutinarán en el Frente Amplio de Mujeres del Azuay (FAM).

Para finales de esa década se crea el Comité Permanente por la Defensa de los Derechos de la Mujer, organización que intentó aglutinar a todas las luchas en las que estuvieron presentes las pobladoras, las sindicalistas, las pequeñas comerciantes, las obreras e inclusive la naciente CEDHU (Comisión Ecuménica de Derechos Humanos).

Al interior de estas organizaciones, las discriminaciones de género eran procesadas y disfrazadas por hombres y mujeres muchas veces como culpa de clase, en una suerte de violencia simbólica que naturalizaba la exclusión. Fue precisamente la reproducción de esta violencia simbólica la que empezó a cuestionar a ciertas militantes desde la revisión de su experiencia.

DIANA. Yo vengo absolutamente roja, más o menos la revolución me esperaba a mí... y entro desesperadamente a lo más rojo de lo rojo...y me metí a militar muy en serio... y me metí al Comité del Pueblo y ahí descubrí que era pequeña burguesa... ¡Chuta! Debía dar muestras de sinceridad, de honestidad, haciendo engrudo a las cuatro de la mañana mientras los compañeros hacían tales y tales cosas... y poco a poco vas descubriendo que esto no te pasa solo por pequeñoburguesa sino también porque eres mujer... (Quito, marzo de 2003).

El proceso, sin embargo, fue largo. Se hicieron primero muchos intentos de insertar los temas de la subordinación de las mujeres al interior de movimientos y partidos, hasta que llegados los años 80 la necesidad de una organización autónoma se convirtió en la única alternativa.

DIANA. Propusimos al partido que abra un espacio para las mujeres... nos mandaron a redactar un documento inolvidable, con toda la ideología, todas las citas de Mao... se llamaba La Otra Mitad del Cielo... para justificar que nos permitan abrir un espacio que sea para las mujeres porque adentro no teníamos espacio... pero no funcionó... (Quito, marzo de 2003).

En definitiva, con mayor o menor intensidad, la militancia de izquierda y las contradicciones en su interior provocaron las primeras fisuras que producirán la necesidad de organizaciones femeninas autónomas frente a los partidos y los movimientos, proceso que se consolidará en los años 80. Lo que nos interesa subrayar es que varias de las lideresas que más tarde formarían los núcleos de mujeres feministas de clase media tuvieron una militancia que forjaron junto a organizaciones populares, barriales, sindicales y campesinas, que marcaron sus vidas.

“Más que conocimiento era un sentimiento”: Asociación Jurídica Femenina de Guayaquil

Paralelamente al auge de las organizaciones de mujeres en sindicatos y organizaciones universitarias, surgió en la ciudad de Guayaquil en la década de 1960 una organización compuesta fundamentalmente por abogadas, que tendrían un rol protagónico, décadas más tarde, en conseguir reformas al Código Civil, en la creación de las primeras comisarías de la mujer y en la promulgación de la Ley de Violencia contra la Mujer y la Familia, entre otras conquistas.

Las fundadoras de la Asociación Jurídica Femenina de Guayaquil provenían de distintos sectores. Algunas se alineaban con partidos de izquierda, como Ketty Romoleroux, militante del partido comunista que había estudiado en la Unión Soviética, otras más bien provenían de sectores liberales o simplemente no militaban en partidos o movimientos. A todas las unía un cuestionamiento a la forma en que la ley y el derecho oprimían a las mujeres y este cuestionamiento provenía de experiencias personales al interior de sus familias y en las aulas de la facultad, y menos desde la militancia política en partidos de izquierda.

CATY. Yo entré al tema de las mujeres en el segundo año de Leyes cuando en 1964 encuentro en el Código Civil que la mujer en el matrimonio le debía obediencia y respeto al marido y que los hijos estaban sometidos al padre... Ese no era el esquema de mi hogar porque mi padre fue un hombre que valoró a las mujeres, entonces me uno con las abogadas y con las estudiantes de Derecho de cursos superiores y empiezo a participar en la Asociación Jurídica Femenina de Guayaquil que es la primera institución que se establece en el Ecuador para la defensa de los derechos de las mujeres (Guayaquil, julio de 2003).

MARÍA LUISA. Las estudiantes de Derecho éramos las que nos percatamos, en primer orden, de que las desigualdades que vivíamos y sufríamos estaban legitimadas en la ley. Fuimos nosotras descubriendo en el Código Civil y también con la clase de profesores que teníamos... éramos 10 o 12

mujeres de 150, estudiantes de las cuales solo quedamos dos. Recuerdo que un profesor, a propósito del Código Civil y de la incapacidad relativa de la mujer en el matrimonio, llegó a decir que las mujeres teníamos menos circunvoluciones cerebrales que el chanco, ¡imagínese! Pienso que las primeras en despertar, por sus propias reivindicaciones como mujeres, fuimos las estudiantes de derecho (Guayaquil, julio de 2003).

MARÍA LUISA. Yo creo que fue nuestra generación la que inicia en Guayaquil estos temas, las que tuvimos otra visión, porque ya había madurado la siembra de otras y empezamos a cuestionar el Código Civil, esa sujeción al varón, cuando yo personalmente veía que en mi propia familia había mujeres más inteligentes que los varones. Mi tía Manuela, por ejemplo, no tenía marido, tenía una hija y desafió a una época y a un pueblo, entonces yo veía que eso era injusto y me molestaba cuando el profesor nos hacía leer el articulado del Código Civil y después el Código Penal. A mí siempre me han molestado los privilegios, los profesores también hacían distingos según de dónde una provenía. Yo era del campo, de escuelas rurales, no tenía formación política, era campesina, de un pueblo chico, pero escuchaba que mi abuelo era coronel montubio, guatuso de los ejércitos de Alfaro y a él lo desterraron a Chile y le confiscaron todo, entonces para mí más que conocimiento era un sentimiento... Yo tuve una madre que sufrió muchísimo y que era extremadamente inteligente... ella racionalizaba lo que le pasaba, pero lo asumía como una cruz, como nos criaron a todas las católicas... y aunque parezca mentira aún pesa eso sobre mí misma, como que queda sembrado en el alma y en la conciencia (Guayaquil, julio de 2003).

Este núcleo femenino inicia la discusión sobre legislación discriminatoria y en Guayaquil se organiza el Primer Congreso Nacional de Mujeres, en 1968, que reunió principalmente a abogadas, trabajadoras y dirigentes sindicales. Ahí se plantean las reformas al Código Civil que se dieron después de veinte años, en 1989. De acuerdo con una de nuestras entrevistadas, fue también ese núcleo el que en 1968 presentó el primer proyecto referente a cuotas en los partidos y en la elección pluripersonal, “que debe haber dormido el sueño de los justos en el Congreso Nacional... porque para

nosotras era muy claro que, si no compartíamos el poder, el poder político, no podíamos decidir nada, no podíamos hacer nada... y no era más que lamentos” (María Luisa, Guayaquil, julio de 2003).

También presentaron la primera demanda al Tribunal de Garantías Constitucionales para que se suspendan todas las leyes que discriminaban a las mujeres en el Código Civil, por ejemplo, aquella relacionada con la obediencia de la mujer al marido en este código que se suprimió en 1989.

En suma, la década de 1970 es recordada por varias de las lideresas entrevistadas como un tiempo de emergencia de una conciencia feminista más o menos explícita, que emerge al calor de su participación en el movimiento estudiantil, obrero, pero también en las aulas. A diferencia de otros contextos latinoamericanos, ninguna de nuestras entrevistadas mencionó el Año Internacional de la Mujer —1975— ni estuvo relacionada con actividades del mismo, que fueron auspiciadas por el Estado. Este período significó rupturas y descubrimientos desde la experiencia concreta que se plasmarían en la siguiente década en acciones y organizaciones más autónomas.

1980: “Trabajar desde lo que somos”. La construcción de subjetividades y prácticas feministas

Los años 1980 en Ecuador están caracterizados por el retorno a la democracia, ocurrido en 1979, por el fin de la bonanza petrolera, por el ensayo de políticas de ajuste estructural que afectarían a grandes sectores de la población y por períodos de violencia y autoritarismo estatal.

Respecto al contexto internacional, en esta década aparecen en la memoria de las entrevistadas las conferencias de la Mujer de Naciones Unidas, como la de Nairobi, Kenia de 1985. Las entrevistadas mencionaron, por un lado, la Revolución Sandinista y la guerra en Centroamérica como uno de los acontecimientos que marcaron sus militancias y, por otro, las dictaduras y el exilio en el Cono Sur. La iconografía de la Revolución Sandinista y la participación de las mujeres en ella está presente en los folletos e impresos de varias agrupaciones, sobre todo entre las feministas marxistas, como en los núcleos al interior del FAM, en Cuenca, y en las

organizaciones de mujeres del naciente Movimiento Popular Democrático (MPD). Por otro lado, es también la época en que llega al Ecuador el exilio de las dictaduras del Cono Sur. Muchas mujeres —intelectuales, sociólogas, antropólogas, comunicadoras— empezaron una militancia feminista en el país y serían las impulsoras de los primeros trabajos de investigación social sobre la situación de las mujeres campesinas y urbano populares en Ecuador, en varios centros de investigación, como el Centro de Planificación y Estudios Sociales (CEPLAES), en Quito.

En el contexto nacional, el impacto de la crisis económica y las primeras medidas de ajuste estructural que puso en marcha el gobierno de Osvaldo Hurtado (1981-1984) formaron el marco de actuación de un número importante de organizaciones de mujeres de sectores populares que emergieron en esta década junto con algunas ONG de mujeres de clase media. Las estrategias de supervivencia y el rol central de las mujeres en el sostenimiento de sus familias y sus comunidades fueron temas en torno a los cuales empezaron a organizarse las mujeres urbanas de sectores populares en Quito y Guayaquil (Lind 2005; Rodríguez 1990).

Por último, muchas de las entrevistadas mencionaban al gobierno de Febes Cordero (1984-1988), pues fue una figura frente a la cual se levantaron discursos a favor de la igualdad de las mujeres en conexión con la defensa de la democracia, los derechos humanos y la oposición a prácticas autoritarias y violentas en el ejercicio del poder.

¿Pero quienes fueron las feministas? Ya hemos ubicado algunos orígenes en la sección anterior: militantes de la izquierda partidista, abogadas liberales, dirigentes barriales. A estos perfiles se suman, como lo mencionamos anteriormente, un pequeño grupo de mujeres europeas y del Cono Sur, que jugaron un papel fundamental en la conformación de pequeños colectivos que asumieron diversas formas: grupos de discusión sobre temas feministas, otros de corte más bien literario y artístico o un tercer tipo de grupos más bien orientados al trabajo con mujeres de sectores populares. “Llegó una francesa que fue la que nos convulsiónó y dijo: ‘A ver...reunámonos porque ustedes están perdiendo el tiempo, nada de que por partidos...’ Y nos cambió la vida... En fin, una locura, nos divertíamos mucho...” (Diana, Quito, marzo de 2003). “La esposa de uno de los militantes del partido

era feminista porque había vivido toda su vida universitaria en Francia y estaba muy influenciada por el feminismo francés, entonces cuando vino a Guayaquil, claro, se sentía como astronauta, sentía que aquí nadie compartía sus ideas...” (Cristina, Guayaquil, julio de 2003).

La ruptura con los partidos de izquierda

Si bien no todas las mujeres organizadas provinieron de la izquierda y no todas las mujeres de izquierda rompieron con sus partidos, la forma como es relatada la ruptura con los partidos por parte de un grupo de ellas nos ayuda a entender estas búsquedas por nuevas subjetividades, por mayores grados de autonomía, procesos de autoafirmación y la construcción de nuevos sujetos que van a marcar la formación de varias líderesas.

Lo interesante, además, es que estas rupturas no solo son parte del testimonio y la memoria de las líderesas, sino que fueron motivo de reflexión de los distintos colectivos feministas que empezaron a surgir. Así, en el documento que da nacimiento al Colectivo Eva de la Manzana, de octubre de 1981, sus integrantes sostienen:

Hablando de los partidos de izquierda podemos añadir que se nos ha exigido dejar de lado nuestra problemática específica, nuestra realidad más inmediata como mujeres frente a la trascendencia de cada tarea dentro del partido... nosotras como mujeres de clase media, y hay que decirlo, hemos vivido experiencias negativas, dolorosas, de la utilización de un discurso liberador que nos obliga a adoptar actitudes totalmente falsas y que no responden a nuestra situación de clase y a nuestra condición de mujeres.³

Los partidos de izquierda fueron, entonces, el contrapunto frente al cual se pudieron afirmar dos cosas: experiencias de acción colectiva autónoma y el “sinceramiento” frente a la posición de clase. El rompimiento es vivido dolorosamente pero también es experimentado como un momento de libertad.

³ Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit (BEAEP), “Presentación”, *Eva de la Manzana* 1, julio de 1981, 3.

DIANA. Dijimos vamos a trabajar desde lo que somos, y creo que fue un momento de placer en mi vida, soy mujer, soy de clase media, me encanta leer cuando me da la gana, me encanta romper mitos y me estoy preguntando cosas, me aceptaré como soy, ya no viviré con culpas... entonces, fue un proceso que yo reconozco fue muy placentero, muy doloroso, muy de búsquedas (Quito, marzo de 2003).

Al mismo tiempo, para algunas mujeres de partidos, el feminismo iba a ser una fuente para criticar las dinámicas de sus organizaciones, sobre todo esa contradicción entre un discurso de hombre nuevo de la izquierda de los años sesenta versus las prácticas machistas cotidianas frente a las mujeres.

LUCÍA. En el mundo de la política los hombres siempre nos vieron como las subalternas, las incapaces de pensar, entonces de tanto molestar le nombran a una compañera secretaria del secretario general, le concedían la posibilidad de escuchar para que aprenda de los iluminados..., otra demanda nuestra era el respeto a la afectividad, nos saltábamos las paredes, hacíamos engrudo a las tres de la mañana y nunca se entendía que éramos distintas... Creo que sí nos minimizaron, a pesar de que las mujeres éramos los motores de esos movimientos, porque la militancia femenina era grandísima... Además, éramos las que trabajábamos mientras ellos se formaban como militantes para hacer la revolución, fueron muchas mujeres las que no llegaron a ser nunca figuras porque mantenían la casa. Éramos militantes, éramos mamás y la responsabilidad económica estaba en nosotras y más o menos cuando teníamos la "suertaza" de ser mujer de dirigente, ¡era lotería caída del cielo! Yo creo que por eso fue tan importante para nosotras el feminismo (Quito, marzo de 2003).

Otras saldrían en rechazo al moralismo presente en algunos movimientos

ANA. Sí estuvimos aquí un grupo que empezamos a trabajar los derechos de las mujeres, pero eso como que se fue en contra mía porque yo salí del movimiento por problemas justamente de que se quisieron meter en mi vida privada, entonces yo decidí que no tenía que dar cuenta de mi

vida privada a nadie, como que me iban a poner en la picota entonces me retiré... es que éramos todos super jóvenes. Ahí primaba una especie de moralismo en el discurso pero en la acción era otra cosa, había un desate porque éramos jóvenes (Quito, marzo de 2003).

DIANA. Yo salgo del partido en el 77 o 78 y claro, busco, había una necesidad en mi generación, no creo que haya sido solo yo ni mucho menos, de encontrar algo diferente... ¿A dónde voy?... ¿Y ahora a qué pertenezco? Porque te sentías en un gran proyecto histórico, no solo de país, sino de América Latina, íbamos segurísimos hacia allá y claro si aquí (en el partido) nos falló, había que buscar donde más y ese otro lugar era la condición de la mujer... (Quito, marzo de 2003)

A pesar de todas estas experiencias, muchas de las entrevistadas reconocen que su militancia en los partidos fue positiva y fue la antesala de una búsqueda diferente. Algunas lideresas no rompieron con el partido hasta después de la propia disolución de los movimientos.

CRISTINA. Nuestro partido siempre se declaró feminista. ¿De dónde vino esa opción? Supongo que de fuera, era una línea de esto que se llamaba la cuarta internacional donde estaban afiliados los movimientos troskistas en distintas partes del mundo... como parte de sus decisiones en conferencias y congresos se fueron orientando hacia un feminismo marxista... Entonces las troskistas participaron en los primeros encuentros feministas... eran de las pocas marxistas que tenían esa participación, eran como bichos raros dentro de la izquierda, así como eran bichos raros las lesbianas... Como nosotras nos declaramos no un partido sino una tendencia política internacional, amigos de la libertad de elección sexual, amigos de todo lo que era considerado tema tabú en el comunismo convencional, el troskismo asumía como parte de los procesos de liberación el derecho a la libertad de opciones sexuales y fue de los primeros movimientos, que yo recuerde, en reivindicar el tema de la ecología... El resto de la izquierda incorporó estos temas cuando ya estaba hecho polvo, cuando ya no era nadie (Guayaquil, julio de 2003)

LUCÍA. Yo no verbalizaba todavía los derechos, era un poco cuáles eran las demandas nuestras lo que yo hacía con las mujeres de la militancia, era el ejercicio de la libertad... yo seguía soñando en la posibilidad de espacios alternativos para las mujeres... de que tengamos un espacio propio, de que haya un espacio en donde la creatividad, la cultura, la rebeldía, la libertad (Quito, marzo de 2003).

En definitiva, la militancia de izquierda es una fuente de rupturas y aprendizajes que sirvieron para forjar esa nueva subjetividad política feminista en mujeres de clase media, sobre todo aquellas con preocupaciones intelectuales. Muchas de estas mujeres también mantenían relaciones de trabajo con mujeres campesinas y en los barrios generalmente relacionados con proyectos de comunicación. Esto marcó el surgimiento de otro tipo de subjetividad feminista, aquella que nace de la experiencia de reivindicar derechos para las mujeres en los barrios populares.

En efecto, las organizaciones de mujeres de sectores populares conocieron un auge importante en esa década, muy similar a lo ocurrido en los casos de Perú, de Colombia y de otros países latinoamericanos. Como respuesta a las políticas de ajuste estructural emergieron organizaciones de mujeres, tanto en sectores populares urbanos como en el contexto rural, se empezaron a organizar en función de la supervivencia, de organización del cuidado y de demandas de servicios para sus barrios (Rodríguez 1990; Lind 2005). El trabajo junto a estas organizaciones de varias ONG, como el Centro Ecuatoriano para la Promoción y Acción de la Mujer (CEPAM) en Quito, y el Centro de Apoyo a la Mujer (CAM) en Guayaquil, marcó un tipo de práctica distinta a la de los colectivos culturales o los partidos de izquierda, aunque muchas veces estuvieron vinculadas a estos.

Los análisis feministas han sido críticos frente al quehacer de esas organizaciones, considerando que el *leitmotiv* de las mujeres fue el trabajo “para los otros” —el barrio, la comunidad, el esposo, los hijos e hijas— y eso difícilmente se podía traducir en experiencias de autonomía para las mujeres. Anderson (1992) levantó una voz crítica en el caso de Perú sobre la importancia de no considerar las demandas por la supervivencia, el cuidado y el bienestar como cuestiones alejadas del feminismo sino, por el contrario, como asuntos

que servían de detonantes para la organización entre mujeres y para ciertos niveles de autonomía y de reivindicación de temas como la violencia doméstica. En el caso de la experiencia de las organizaciones de mujeres en Ecuador, los testimonios de aquellas de clase media que estuvieron involucradas en estos acontecimientos dejan entrever que muchas de estas organizaciones —en la medida que emprendieron actividades orientadas a satisfacer “necesidades prácticas” como las denominaría en la década de 1990 el discurso sobre género y desarrollo— también empezaron a plantearse críticas a su vida cotidiana y a rebelarse frente a la subordinación de género, tal como lo documentó Anderson en el caso de Perú (1992).

WENDY. Hacíamos de todo, talleres de costura, de panadería, de repostería y en medio de los pasteles y de las muñecas de trapo hablábamos de la violencia contra la mujer, de la sexualidad, del acoso sexual de las hijas en la calle, en las escuelas...y nos contaban las compañeras de la sexualidad, de las violaciones en sus casas, entonces era así, una mezcla de todo y un activismo loco, nosotras lo que queríamos era acompañar a las mujeres en sus procesos y que ellas vayan sacando poco a poco las cosas, lo principal era que la organización se fortalezca, hasta ahora esa es la meta (Quito, enero de 2006).

Estos espacios sirvieron de escuela para muchas feministas de clase media. Si bien al inicio su presencia estuvo ligada a su militancia en los partidos de izquierda, también encontramos la presencia de lo que fue el amplio trabajo de base de la Iglesia progresista de los años setenta en el país. El Frente Amplio de Mujeres Cristianas, por ejemplo, estuvo en la creación de la primera Coordinadora de Organizaciones de Mujeres de Sectores Populares en 1983.

El trabajo del CEPAM, tanto en Quito como después en Guayaquil, y del Taller Comunicación Mujer que surge en 1984 está marcado, en mayor o menor medida, por esta experiencia cercana a las mujeres de sectores populares. En este sentido, se trabajó hacia una politización de lo privado, de la reproducción social, de las estrategias de supervivencia y de la vida cotidiana, que es desde donde podemos hablar de la construcción

de una nueva subjetividad y de una conciencia feminista. Esta conciencia, sin embargo, no necesariamente cuestiona las diferencias de clase en su interior. Se avanza en los temas de empoderamiento y de autoestima que permite fortalecer liderazgos, pero este proceso se da en el marco de una cultura política que descansa en un concepto de comunidad como un todo unificado; si bien había una cierta crítica al “feminismo burgués”, no se cuestionaban las diferencias de clase entre mujeres pues el objetivo era más bien construir organizaciones donde prevaleciera la unidad en las diferencias.

Una experiencia distinta en relación con la articulación entre demandas de clase y de género es la del FAM de Cuenca, de origen troskista. Su trabajo también se inscribe en estrecha relación con sindicatos y organizaciones de mujeres de sectores populares y en él visualizan claramente las tensiones de clase existentes entre mujeres. Por ejemplo, desde el FAM se cuestionó abiertamente el tema de las trabajadoras domésticas, el racismo y la explotación entre mujeres. También el FAM asumió hasta bien entrados los años 1990 una crítica frontal al Estado y a las políticas de género como instrumentos de despolitización y ocultamiento de las desigualdades. “Aquí persiste esta visión radical: el género es ambiguo y nada subversivo. Desde el género no se subvierte el orden, se ordena el discurso. El movimiento se ha dejado absorber por la institucionalidad, se ha dejado de discutir sobre el poder. Queda intacto el patriarcado” (Lola, Cuenca, septiembre de 2003).

El surgimiento de contrapúblicos

La palabra escrita

María Cuví y Laura Buitrón (2006) realizaron un trabajo de recopilación que reúne más de doscientos textos feministas de las décadas de los 80 y 90 que fue publicado en 2006 y que podría darnos luz sobre cuáles fueron los planteamientos, demandas, temas y discursos que se levantaron en estas dos décadas. En esta sección, no voy a examinar estos escritos, sino que me limitaré a señalar las distintas iniciativas de creación de revistas

y suplementos culturales al interior de los diarios de mayor circulación, en tanto actividades que contribuyeron a la conformación de *contrapúblicos*, siguiendo el concepto de Fraser (1989). Esta producción escrita y los esfuerzos por mantener espacios culturales de tertulia fueron parte de la creación de *contrapúblicos* feministas. Las mujeres buscaron una presencia en la esfera pública, de creación de opinión para posicionar temas antes considerados privados.

Con excepción del periódico *La Mujer*, mantenido por el Centro Integral de Apoyo a la Mujer (CIAM) y que aparecerá durante siete años consecutivos, los otros medios escritos tuvieron más bien una corta vida. De las principales iniciativas se destacan: *Eva de la Manzana* que tuvo dos números, la *Revista La Maga* del CAM, de Guayaquil, el periódico *La Mujer* del FAM de Cuenca, los cuadernos *Nueva Mujer* (siete números). Además, el grupo cultural y de literatura de Guayaquil, las Mujeres del Ático, encontró un espacio en el suplemento dominical de diario *Expreso*, y en Quito, Consuelo Alborno, vinculada a la agrupación Mujeres por la Democracia, mantuvo una columna en el diario *Hoy* durante toda la década de 1980 llamada “La Mujer”, que fue un espacio muy importante de difusión de las varias expresiones del feminismo ecuatoriano. Además, durante un año salió un suplemento quincenal con el mismo diario *Hoy*, coordinado por Alexandra Ayala, llamado *La Manza-Ana*.

Los escritos de medios de comunicación de amplia cobertura, como los diarios *Hoy*, *Expreso* o *El Comercio*, buscaban posicionar temas más bien generales, que suscitaban cierta controversia, pero sin incluir una propuesta política directa. Más bien tenían como mandato el visibilizar a las mujeres como sujetos. Así, por ejemplo, se incluía artículos sobre las primeras mujeres taxistas o electricistas, visiones diferentes de la maternidad, los problemas de conciliación laboral y familiar, entre otros temas.

Las revistas especializadas, tales como *Eva de la Manzana*, *La Maga* o *La Mujer*, representan experimentos culturales de trabajo colectivo entre mujeres, donde se expresan búsquedas por definir nuevas acciones, más participativas y creativas y con contenidos expresamente feministas. A pesar de su bajo tiraje y público reducido, son experimentos que van a forjar una práctica de discusión colectiva y de posicionamiento de una nueva palabra.

Por ejemplo, la revista *Eva de la Manzana* surge como producto de una búsqueda por parte un grupo de mujeres de clase media por mirarse a sí mismas, luego de haber trabajado tanto con mujeres campesinas como con mujeres de los barrios populares. En su primer número el grupo define a la revista como

una experiencia vital actual, una aprehensión de realidades concretas de las mujeres, a la vez que reflexión crítica, testimonio y análisis y como un intento de retomar nuestra palabra, pensar en voz alta... de ninguna manera *Eva de la Manzana* es la mujer que ha encontrado la verdad por su formación práctica o académica. No tiene las fórmulas de la liberación, de la independencia, de la realización personal. En ese sentido es más bien una voz, un espacio, un aporte.⁴

La revista tuvo una vida corta; aparecieron dos números, el primero dedicado a las mujeres y el trabajo, el segundo a las mujeres y su cuerpo. Pero representó una expresión del giro hacia la construcción de un discurso feminista que recoge las vivencias de mujeres de clase media y las plasma con voz propia, ya sin la intermediación de la militancia de izquierda. “Empieza entonces una indagación sobre esa identidad que empiezas a sentir con la maternidad, con el divorcio y empieza una indagación mucho más profunda, mucho menos conceptual y teórica y más de adentro. ¿De qué estamos hechas? ...Entonces, dijimos, vamos a trabajar desde lo que somos...” (Diana, Quito, marzo de 2003)

En cuanto a *La Mujer*, esta publicación se mantuvo durante varios años. A decir de una de las personas claves que sostuvo la producción del periódico durante los siete años y 14 números de su aparición: “Nos faltaba plata, nos faltaban contactos y a veces nos faltaba chispa, pero lo más rico del periódico era su metodología, cada artículo era leído y discutido por las integrantes del comité editorial y se organizaban talleres alrededor de la producción de cada número” (Bárbara, Quito, marzo de 2005)

En este proceso, se intentaba construir procedimientos horizontales, colectivos y de consulta permanente pues se aspiraba a instaurar prácticas

⁴ BAEP, “Presentación”, *Eva de la Manzana* 1, julio de 1981, 3.

cotidianas más democráticas. Al mismo tiempo, las reuniones se convertían en jornadas de autoaprendizaje y en espacios de socialización y discusión para las mujeres.

DIANA. Íbamos todos los miércoles, analizábamos, discutíamos, entrevistábamos, conversábamos temas absolutamente intocados... ¿el instinto maternal existe o no existe?... la infidelidad...y nos quedábamos hasta las dos de la mañana y los maridos les iban a esperar en la puerta y decían ¿Qué hacen? ¿Salen sonreídas, contentas...que harán?; y de ahí nos atrevimos a participar en mesas redondas y a dar charlas sobre propuestas feministas (Quito, marzo de 2003).

La Mujer estaba explícitamente orientada a un público urbano, de clase media, de izquierda. Los temas abordados giraron en torno a la sexualidad femenina, el divorcio, la maternidad, la pobreza y la exclusión, entre otros. Es interesante notar que las ilustraciones de varios números incluyen fotografías de mujeres indígenas y afroecuatorianas. Si bien estuvo dirigida a un público de clase media, referentes étnicos y de las clases populares estaban presentes en las imágenes de la revista, a pesar de que los temas sobre la diversidad étnica no formaron parte de los contenidos. En definitiva, a diferencia de los suplementos que aparecían en los diarios de amplia difusión, en estas revistas la agenda iba más allá de la visibilización y buscaba posicionar la subordinación de las mujeres en la sociedad, con un discurso social. Pero también, la construcción de estas publicaciones significó para estas mujeres el volcarse a sí mismas, hurgar en la contradicción de sus identidades y construirse como sujetos.

La educación popular

Otro tipo de expresiones fueron aquellas desarrolladas juntamente con las mujeres campesinas o las mujeres de los barrios populares en el marco de las metodologías de educación popular. Se trataba de crear alternativas a la palabra escrita para construir ese contrapúblico de denuncia de la subordinación de las mujeres a partir de experiencias cotidianas. Este tipo de expresiones

fueron producidas en el marco de una forma de activismo que seguía muy apegado a la militancias de izquierda en Quito. Es el período del auge de las fotonovelas creadas por el Taller Mujer y Comunicación con las mujeres de los barrios El Placer y Toctiuco. Los números de *La Venada* abordan temas como la violencia doméstica, la represión del placer de las mujeres en la experiencia de las adolescentes, pero también el racismo y la discriminación de clase experimentada por ellas en su vida cotidiana. Una de las historias, por ejemplo, retrata la experiencia de la migración campesina a la ciudad de una joven mujer indígena que llega a un barrio pobre de la capital y se enfrenta al racismo de su empleadora, así como las crisis identitarias por un pasado campesino-indígena que añora, pero al mismo tiempo esconde pues es desvalorizado en su medio, además el enamoramiento y el descubrimiento del placer, entre otros aspectos. Si bien no hay discurso político explícito acerca de la necesidad de comprender la subordinación de las mujeres a partir de varias dimensiones de dominación, es clara la intención de mostrar sus múltiples rostros: étnicos, de clase, de género y también etarios.

Otro ejemplo de este tipo de expresiones fueron las fotonovelas del CEPAM, que más bien recogen la experiencia organizacional de las madres de sectores populares y temas como el de la triple jornada, que buscaban visibilizar y alentar la organización de las mujeres. Organizaciones como el grupo de Mujeres “Manuela León” o acciones como las realizadas por el Centro de Educación Popular (CEDECO) con mujeres campesinas e indígenas se inscriben en esta línea de trabajo, orientada a la búsqueda de un nuevo lenguaje, alternativo al de los medios de comunicación tradicionales y a la palabra escrita intelectual.

En definitiva, las producciones orales y escritas serán formas que encontrarán distintos grupos de mujeres —algunos exclusivamente de clase media, otros más cercanos a una interacción con mujeres campesinas y urbano-populares— para crear nuevos lenguajes, ensayar prácticas colectivas y encaminarse a procesos de transformación subjetiva. Esta búsqueda por un “nosotras” se combina con denuncias de la discriminación y subordinación de las mujeres que incorporan la presencia de las desigualdades, sobre todo de clase. Un tema como el racismo hacia las mujeres indígenas y afrodescendientes está presente, pero no desde las voces de las mujeres indígenas y negras.

Colectivos feministas y prácticas culturales antipatriarcales

Tanto las publicaciones como los programas de radio fueron producto de una acción colectiva de distinta índole. Por un lado, se crearon varios grupos culturales feministas de clase media, más bien reducidos, cuyo objetivo principal era posicionar temas feministas clásicos como el aborto, el placer sexual, el trabajo doméstico no remunerado, la violencia de género a través de la palabra —como lo vimos anteriormente— y también de *performance* y acciones colectivas. Otros grupos, de tinte más clasista, disputaban distintos significados: la pobreza de las mujeres, la violencia doméstica, la importancia de la participación social, la experiencia de la migración femenina a las ciudades. Uno de los puntos en común de estas expresiones organizativas fue la búsqueda de autonomía, que podía traducirse en varias cuestiones: autonomía de las organizaciones de mujeres, tanto intelectuales como políticas o comunitarias; autonomía de los partidos políticos, sobre todo de izquierda, y autonomía individual, muchas veces económica, frente a sus parejas y familias, que luego se convertiría en empoderamiento en el lenguaje más institucional que se adopta en la década de 1990.

Entre los grupos culturales que surgieron en esa década estuvieron el colectivo *Qué tienes pensado para mañana* y el grupo de mujeres reunidas en torno al proyecto cultural y literario *La Pájara Pinta*. Se trataba de grupos de mujeres de clase media, que querían trabajar desde su experiencia cultural y de clase; ellas emprendieron diversas actividades destinadas a crear una conciencia crítica sobre la identidad de las mujeres, muy cercana a lo que desde otras latitudes se denominó el feminismo de la diferencia.

LUCÍA. Al principio las mujeres decían cómo vas a creer, si somos iguales. No somos iguales para nada. Yo les decía a mis amigas artistas, a mis amigas pintoras, “no es lo mismo ser pintor que ser pintora porque a nosotras nos salen otras cosas, tenemos otras vivencias”, entonces ellas decían “no, es exactamente lo mismo”... mentira... Saber que se podía mirar de otra forma y saber que lo habíamos hecho toda la vida, porque las mujeres siempre vimos un mundo diferente pero lo negábamos... porque era de

locas, histéricas, de lo que sea... había montones de pensamientos que nosotras teníamos que callar... la típica “¡Ya comenzó la loca con sus pen-dejadas!”... En esa época no sabíamos mucho, sólo sabíamos que éramos diferentes (Quito, marzo de 2003).

Pero también se desarrollaron varias acciones en espacios públicos, parques, calles, plazas, cafés, para plantear estos nuevos lenguajes, más bien artísticos. El CAM de Guayaquil también inauguró un espacio cultural parecido al de La Pájara Pinta, llamado el Rincón de las Brujas.

Entre las actividades de Qué tienes pensado para mañana se destacaron una instalación en el parque de la iglesia de El Belén, en Quito. La cercanía del parque a uno de los colegios femeninos fiscales más emblemáticos de la ciudad, el Colegio Femenino Espejo, en el Churo de la Alameda, determinó el lugar. El *performance* fue una jaula con una mujer en su interior, que planchaba y lavaba, encerrada. La jaula estuvo un día entero plantada en el parque y se recogieron tanto los comentarios de la gente como fotografías del acto. Con este tipo acciones se trataba de irrumpir en el espacio público de la ciudad y activar nuevos significados en la gente que pasaba por el parque. En este caso, se trabajó una escenificación de la opresión del trabajo doméstico, tema clásico del feminismo de clase media. Otra discusión candente animada por este grupo y apoyada por el CIAM de Quito fue aquella que se produjo a raíz de la presentación de una película sobre el aborto en la Casa de la Cultura Ecuatoriana, en Quito. La película, auspiciada por el Fondo de Población de las Naciones Unidas, tuvo una recepción muy polémica entre las feministas pues se consideraba que las imágenes construían un discurso contra el aborto y había una omisión (ausencia) del cuerpo de la mujer. El tercer evento, que ha quedado en la memoria de sus protagonistas es la celebración del Año Viejo en la Avenida Amazonas, en el marco del primer concurso del diario *HOY*, que fue una sátira a las experiencias de capacitación de las mujeres y una parodia a las relaciones de género en los sectores medios. Este último fue organizado por el CEPAM.

El grupo cultural La Pájara Pinta, en Quito, fue un proyecto que se planteó desde el inicio una posición feminista explícita y la búsqueda de una nueva subjetividad.

LUCÍA. Lo fundamental era saber que ser mujer era ser un ser humano con todos los derechos y que nos habían sido quitados, que nosotras desconocíamos eso. Una de las cosas básicas era descubrir que el patriarcado siempre había utilizado la fuerza de trabajo de la mujer, la sexualidad de la mujer, su capacidad de reproducción [...] entonces el decir “puedo decidir sobre mi vida” ya desde lo profundo, no solamente desde el grito de cuando te peleas con tu pareja y dices “quiero hacer lo que me da la gana” sino porque realmente descubres capacidades profundas que tienes como ser humano diferente, porque a mí lo más importante me parece es que el feminismo miró al mundo con otros ojos (Quito, marzo de 2003)

MARÍA. En Guayaquil, las actividades tuvieron otro lenguaje y otras acciones y estuvieron también caracterizadas por ser espontáneas y autoconvocadas. Con Cecilia Torres y el CAM en los años ochenta éramos como las loquitas de Guayaquil [...]. Yo, [para] todo lo que convocaba Cecilia Torres estaba ahí, primero porque era extraordinariamente creativa, se inventaba gritos, se inventaba afiches, ella introdujo esa forma de expresarnos con muñecos gigantes. De 1980 a 1986 es cuando más actividades tuvo el movimiento de mujeres y ni siquiera sabíamos que éramos un movimiento, era tan espontáneo que no había que llamarte, ni invitarte, ahora más bien se hacen problema de que “yo no he sido invitada”, pero en ese tiempo era una insurgencia así, espontánea (Guayaquil, julio de 2003).

Uno de los aspectos interesantes del CAM era la interacción de mujeres de clase media con organizaciones de sectores populares. En efecto, el CAM mantenía trabajo en el movimiento barrial del Guasmo, la Isla Trinitaria y Mapasingue. A decir de algunas activistas, la participación de estas mujeres revitalizó el movimiento, lo veían como una vía de hacer posibles sus aspiraciones, de satisfacción de las necesidades de su barrio.

Sin embargo, si bien esta fue la preocupación inicial o central, los temas de la sexualidad y la violencia al interior del hogar iban poco a poco copando estos espacios también, a través de la educación popular, lo cual representaba una ruptura en el proceso de construcción del feminismo.

MAGALY. En 1983 entré a tener contacto con una de las dos organizaciones que en el país marcaron realmente un viraje de lo que había sido la lucha de las mujeres hacia una visión ya autodenominada como feminista, porque eso fue una ruptura, en el buen sentido, entre lo que había sido esa energía y lo que era ya mostrarse abiertamente con un discurso feminista y con un trabajo que también se calificaba así (Guayaquil, julio de 2003).

Uno de los procesos que más resaltan las personas que estuvieron articuladas en torno al CAM es la reflexión sobre la experiencia personal y la subjetividad.

MARÍA. Fue muy interesante porque se hacía todo un análisis desde la vivencia y experiencia de las mujeres, cuestiones de autoconciencia y todo eso. También el CAM tenía mucha presencia pública, se editaba una revista, tenía trabajo... digamos... feminista en muchos sectores de Guayaquil, dejó sembradas algunas semillas y se ligó con muchas mujeres también feministas de la época que no necesariamente estaban en el CAM (Guayaquil, julio de 2003).

Las experiencias del CAM en Guayaquil y del CIAM en Quito son únicas en el sentido de que marcan la transición entre esa energía que empezaba a manifestarse en la opinión pública a través de la palabra, la radio, actos culturales, marchas, y la necesidad de mantener un trabajo más organizado, planificado y sistemático. Esa transición va a traer ambigüedad a la identidad de estas instituciones y marcará parte de su crisis, años más tarde.

MARÍA. El CAM era un organismo un poco ambiguo yo diría, porque se decía a sí mismo movimiento, pero era una ONG, pero digamos, a diferencia de las ONG de ahora, que de pronto tienen una cuestión muy técnica y no discuten ideológicamente lo que sucede allí dentro, en cambio acá se trabajaba mucho esto de la autoconciencia, se hacían talleres feministas, se traían mujeres de Colombia, de República Dominicana. La gente estaba así siempre con este asunto del cuerpo, de la cuestión de la violencia, o sea todos esos temas que ahora además se han dejado de lado. Con todo esto del enfoque de género, realmente se ha dejado de lado esto

de la sexualidad... antes se hacían foros, se discutía esto del aborto, del trabajo doméstico, si debería ser pagado o no, ahora por ejemplo no se toca el tema del aborto, ni siquiera entre las jóvenes, era mucho más contestatario (Guayaquil, julio de 2003).

Encuentros feministas: hacia el movimiento de mujeres

Parte de los eventos fundamentales y diríamos hasta fundacionales de los núcleos feministas fueron los Encuentros Feministas Latinoamericanos, que luego se tradujeron también en tres encuentros nacionales que sirven como hitos del movimiento de mujeres. En efecto, a los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe, realizados desde 1981, cada dos años primero y luego cada tres, asistieron algunas de las activistas del CAM, del CIAM y de algunos partidos de izquierda, que luego multiplicaron los espacios y las ideas. En las entrevistas se mencionan los encuentros de Bogotá (el primero) seguidos por los de Brasil y México como eventos muy estimulantes para seguir trabajando en colectivo.

En Ecuador se organizaron en 1986 y 1987 los encuentros de Ballenita y en 1988 el encuentro de Jambelí, a los que asistieron aproximadamente 400 mujeres de muchas regiones del país, afros, indígenas y mestizas. Hubo mucha diversidad étnica y de clase, pero los encuentros no canalizan esta diversidad en su discurso, lo que prima es un mensaje de unidad y de identidad común entre las mujeres. En otras palabras, sí existía una representación de la diversidad, pero no se escribía ni se hablaba sobre la diversidad. La gente vivía en la diversidad, pero no asumía ni enfrentaba las desigualdades de poder inscritas en esa diversidad.

Es diferente lo que ocurrirá en la década de 1990 en la cual se diluyó la palabra “feminista”. *El Comercio* reseña de la siguiente manera el primer Encuentro Feminista:

Calificada como la partida de nacimiento legal del feminismo ecuatoriano, se realizó del 11 al 13 de abril un encuentro de mujeres de todos los sectores [...] campesinas, monjas, profesionales, amas de casa, intelectuales,

pobladoras y artistas [...] se reunieron para discutir la teoría *feminista*. El objetivo era *provocar* un espacio en el cual las mujeres *hermanadas por una inquietud común* reflexionaran sobre sus propios conflictos. Y en general intercambiaran experiencias e inquietudes. En concreto se reafirmó la existencia de un movimiento femenino que en los últimos años ha tomado cuerpo, impulsado por mujeres que insertadas en diversos sectores han trabajado y lo continúan haciendo, por recuperar su condición de seres humanos con capacidades plenas para reclamar sus derechos (Silva de Acosta 1986, B1; cursivas añadidas).

A renglón seguido el artículo relata las tensiones que el término *feminista* había causado en el medio ecuatoriano y el proceso de “conversión” de algunas mujeres luego del Encuentro: “antes sentía recelo de decir que era feminista y miedo de serlo. Hoy me siento orgullosa de haberlo decidido así, porque he comprendido que el feminismo ha significado la autovaloración de las mujeres y su proyección solidaria y activa hacia la sociedad” (Silva de Acosta 1986, 2).

Los Encuentros también son calificados como espacios igualitarios entre mujeres diversas.

Todas éramos iguales, no había ni las que marcaban la línea ni las que imponían criterios ni ideas. Todas asistíamos para aprender y compartir experiencias. Desde la esposa que nunca se cuestionó por qué su marido tiene el derecho a tener su amante. La monja que en su hermosa forma de sublimación canaliza su energía en una entrega total: fuerza y amor hacia las demás; la feminista con conocimientos teóricos; la señora dueña de *boutique* que dejó de lado los rulos y las sandalias de taco... la pobladora que tuvo que asistir con sus dos hijas porque su marido no creía que estaría solo con mujeres, mujeres de todas las edades y condiciones, y la seria intelectual cuya aparente frialdad dejó paso a la mujer sensible que era... (González 1986, B5).

Los encuentros feministas no fueron los primeros foros nacionales que se hicieron. Ya en 1981, el colectivo Eva de la Manzana organiza el “Primer Encuentro Nacional de Grupos Autónomos de Mujeres”, al que asisten varias de las organizaciones: el CAM, de Guayaquil; el FAM, del Azuay;

el Frente Unido de Mujeres de Tungurahua; el Comité Femenino de la Unión Provincial de Organizaciones Campesinas de Manabí (UPOCAM), de Manabí. Como resultado se conforma la Coordinadora Nacional de Organizaciones de Mujeres, la cual se define como independiente de organizaciones e instituciones oficiales y de partidos políticos. Esta iniciativa no tuvo continuidad, aunque existieron varios intentos adicionales de formar un movimiento más unificado o de abrir espacios de coordinación nacional, como la Secretaría Nacional de Organizaciones Populares de Mujeres, en 1983, que reunía a mujeres de sectores populares urbanas, trabajadoras, campesinas, indígenas. Pero es en 1987, luego de una marcha del 8 de marzo, recordada por todas como el momento de mayor fuerza de las organizaciones de mujeres, cuando surge la idea de una convergencia denominada Acción por el Movimiento de Mujeres.

“Cuando regresamos de Ballenita conformamos lo que se llamó Acción por el Movimiento de Mujeres porque buscamos el nombre más significativo de lo que realmente éramos, no éramos todavía movimiento según las reflexiones que nos habíamos hecho, sino *acción para el movimiento*” (Diana, Quito, marzo de 2003)

Las declaraciones de las mujeres en la marcha de ese 8 de marzo de 1987 expresan la construcción de un discurso feminista que se fue forjando en el seno de los distintos colectivos, y a partir de los varios intentos de plasmar una palabra, una imagen, una voz propia. El sueño de la autonomía y también el de la unidad están presentes:

No solamente queremos dar la vida, queremos cambiarla [...] Queremos no sólo una nueva sociedad y no sólo la igualdad ante la Ley, sino ante la vida [...] Aquí estamos, unidas con conciencia de mujer y de pueblo para plantear serena pero firmemente nuestro compromiso de cambiar la vida y ganar la paz (Silva de Acosta 1987, B1).

La Acción por el Movimiento de Mujeres se inaugura como coalición con la denominada Carpeta Verde, un documento que recogía el debate de distintas organizaciones sobre las demandas de las mujeres; el CEPAM lo publica y se organiza un evento para presentarlo a los candidatos

presidenciales. De acuerdo con sus protagonistas, la convergencia de 1987 era producto del sueño de una organización monolítica y masiva que nunca se dio. “En 1986 se hablaba del movimiento de mujeres, era esa idea de ver una cosa monolítica, grande, se pensaba así, pero no es así, había ese deseo y la Carpeta Verde y Acción por el Movimiento de Mujeres era parte de ese deseo” (Raquel, Quito, 2005).

En definitiva, las organizaciones y colectivos que surgieron en esa década fueron de muy amplio espectro, desde los que no aspiraban ni tuvieron grado alguno de institucionalización hasta aquellos que se convirtieron, con el tiempo y la acción en las organizaciones no gubernamentales, en referentes para la intervención social contra la discriminación de género en el país. En la siguiente década, las organizaciones que sobrevivieron marcaron un giro tanto en el discurso como en las acciones, donde la posición frente al Estado fue fundamental. La Carpeta Verde, en 1987, marcó este giro de manera fehaciente.

En contraste, solo seis años antes, en 1981, el colectivo Eva de la Manzana sostuvo una clara concepción antiestado, considerado un ente manipulador de las mujeres.

De acuerdo a sus necesidades y conveniencias: en épocas pasadas era necesario una mujer limitada a la casa, posteriormente es exigida como mano de obra barata, actualmente el estado nos llama a “participar” en el desarrollo”, implementando políticas concretas, que promueven la organización a través de proyectos especiales financiados desde el estado, haciendo así más efectiva su manipulación y control.⁵

Nótese una actitud muy crítica frente a las primeras políticas estatales basadas en el enfoque de *Mujeres en el desarrollo* que se plantearon en el país, sobre todo en el campo del desarrollo rural con los proyectos emprendidos por el programa de Desarrollo Rural Integral (DRI).

Las caricaturas del primer número de la revista *Eva de la Manzana* también muestran esa actitud crítica hacia la primera Oficina de la Mujer creada en 1981, que tuvieron las siguientes leyendas: “la representante de

⁵ BAEP, “Presentación”, *Eva de la Manzana* 1, julio de 1981, 3.

USA ante mujeres de todas las provincias del Ecuador inaugura en idioma extranjero la Oficina de la Mujer Ecuatoriana”, o “El Boom Universal: La Mujer analizada por expertos internacionales”, o “se inauguró la Oficina de la Mujer. Ojalá que las actividades de esta nueva entidad no se limiten a conseguir los votos de los analfabetos”. Es decir, primaba una concepción del Estado como instrumentalizador del discurso sobre la igualdad de las mujeres con otros fines: conseguir el voto de las mujeres indígenas, implantar políticas imperialistas, canalizar ayuda al desarrollo.⁶

La Carpeta Verde, en cambio, denota otra actitud frente al Estado en la que se lo visualiza como un interlocutor y actor relevante que tiene la obligación de cambiar la vida de las mujeres. Se anuncia así otro momento del feminismo ecuatoriano que tomará forma en la década de 1990.

Sin embargo, no todos los colectivos y las organizaciones tuvieron una visión antiestado. Es importante señalar que, paralelos a la formación de grupos culturales y colectivos feministas, hubo también varios intentos por parte de otros grupos de mujeres de crear cierta institucionalidad estatal. Según Rocío Rosero, por ejemplo, durante toda la década estuvo rondando en las discusiones la creación de un Consejo Nacional de las Mujeres, que no prosperó. El intento denotaba, no obstante, la presencia de otras voces que le apostaban a la acción con el Estado como una vía importante para reclamar derechos. Una de las organizaciones precursoras de esta búsqueda de participación en las decisiones de lo público y de interlocución con el Estado que se fortaleció en la década de 1990 fue la que menciono a continuación.

Mujeres por la Democracia

Desde los tempranos años ochenta algunas redes de mujeres trabajaron fundamentalmente en torno al tema de su acceso al espacio público y la toma de decisiones. Uno de los eventos que marcará la visibilización de este tipo de demandas hacia el ámbito público fue el seminario de 1983, organizado por Magdalena Adoum, directora de la revista *Nueva* y de los números de

⁶ BAEP, “Presentación”, *Eva de la Manzana* 1, julio de 1981, 3.

Nueva Mujer sobre la “Participación de la mujer en la defensa de la democracia en América Latina”. A este evento acudieron figuras emblemáticas del movimiento de mujeres en América Latina como la minera boliviana Domitila Chungara o Hebe de Bonafini, de Madres de la Plaza de Mayo, entre otras. En este encuentro participaron más de 700 mujeres de todo el país y hubo una gran diversidad regional y étnica. Un recorte de prensa sobre el evento lo relató de la siguiente manera: “El imperativo de imponer una militancia femenina en la política y la participación de la mujer en los aparatos decisivos del Estado fue una [de las] inquietudes que primó entre las setecientas participantes del evento” (*El Comercio* 1983, B1).

En 1984, durante la campaña electoral que enfrentó a Rodrigo Borja con León Febres Cordero, surgió, desde la centroizquierda, una agrupación que tuvo una presencia muy importante durante toda la década y hasta bien avanzados los años noventa.

DIANA. En ese momento empiezan los centros a hacer mucha investigación, me acuerdo de la primera investigación sobre Mujer y Política [se refiere al trabajo de CEPLAES, sobre voto de la mujer en las elecciones de 1984] y me acuerdo que se termina la primera vuelta y, con la derrota, un grupito muy chiquito proponemos que se convoque a toda la centroizquierda para hacer un gran frente femenino y así nace Mujeres por la Democracia (Quito, 2003).

Rocío Rosero señala que Mujeres por la Democracia fue visualizada inicialmente como un mecanismo de incidencia entre los decisores. A diferencia de las agrupaciones anteriores, se definía políticamente en la centroizquierda y pretendía hacer política en esa línea. La oposición al gobierno de Febres Cordero sería definitoria en la identidad de esta organización. Afirma Zonia Palán que había dos corrientes:

ZONIA. “las señoras de”, es decir las señoras de los políticos, y otro grupo más intelectual, que quería aprovechar el espacio para debatir sobre una sociedad distinta, sobre lo que debería ser la democracia participativa y contra el autoritarismo, por eso surge el nombre. El grupo estaba liderado

por Alicia Ponce, ella es la que me lleva a mí, después de dos o tres meses de fundado el grupo me llevaron a un evento en el Teatro Universitario, que fue como el punto de lanza para su visibilidad pública, era un evento por la paz, y ¡zas! ¡Se tomaron el teatro los Alfaro! (Quito, marzo de 2003).

Eso trajo discusiones importantes al grupo acerca de si se aceptaba o no la democracia como modelo de convivencia social, no la vía revolucionaria tradicional que en ese momento sí planteaban otros grupos.

ZONIA. Sino que nosotros aceptamos la democracia como una forma de convivencia y aceptamos entonces también el proceso electoral y dijimos vamos a luchar por nuestra participación en las elecciones, porque de lo contrario, si no aceptábamos a la democracia como tal no podíamos estar en la lucha democrática formal, fue un debate largo. Los dos grupos se complementaban muy bien y es durante el gobierno de Febres Cordero que empezamos a hacer una serie de actos simbólicos y al final de su gobierno hicimos una gran marcha nacional para despedir a Febres Cordero (Quito, marzo de 2003).

Mujeres por la Democracia se consolida durante la década como un grupo de mujeres profesionales que, desde distintas entradas e intereses, alimentaron una agenda de inclusión de las mujeres a la política. Las reuniones, las marchas y los eventos colectivos fueron creando un sentimiento de hermandad entre las integrantes, que poco a poco se va traduciendo en la conformación de un discurso más feminista, al unificarse en torno a la lucha contra la exclusión del espacio público. “No terminábamos de entender el tema de género, o sea éramos mujeres políticas pero que todavía no teníamos como reivindicaciones propias nuestras, nuestra reivindicación principal, que fue la que trasladamos después a la Coordinadora Política, fue nuestro derecho a la participación política” (Zonia, Quito, marzo de 2003).

El grupo también se destacó por su presencia pública contra el autoritarismo del gobierno de Febres Cordero. Por ejemplo, organizaron el Frente de Defensa de la Soberanía, contra la presencia de los *marines*

norteamericanos traídos por Febres Cordero. También empezaron a plantear un conjunto de reformas políticas a favor de las mujeres, por ejemplo, varias modificaciones a la legislación vigente. En efecto, algunas integrantes de Mujeres por la Democracia, como la doctora Luzmila de Troya, junto con un grupo de abogadas de Guayaquil, impulsaron desde el Estado la lucha por modificar la legislación vigente que estaba contra las mujeres.

También abordarían, aunque tímidamente, el tema de la diversidad étnica, a través de algunas de sus militantes.

ZONIA. El próximo 8 de marzo le vamos a hacer un homenaje a una compañera, Ileana Almeida, ella fue la que nos metió a estudiar la problemática indígena, a aprender quichua, a entender la lucha de los indígenas y a poner en nuestro planteamiento, en nuestro librito rosado, que el Estado ecuatoriano debe ser un Estado plurinacional. No sabíamos nada de eso, pero ella fue la que nos explicó, entonces también organizamos un evento por los 500 años que fue también un hito, un acto cultural masivo en la Plaza del Teatro donde las mujeres planteábamos el tema de la diversidad y el racismo (Quito, marzo 2003).

A medida que crecen el intercambio y las acciones conjuntas, se empiezan a interiorizar otras problemáticas. Eso es muy significativo sobre todo en el tema de la violencia.

ZONIA. Era un grupo a la larga privilegiado, de intelectuales, de mujeres de clase media ... entonces se decía que el tema de las mujeres que les pegan no es tema nuestro y no se lograba interiorizar esos problemas o no queríamos verlo o entenderlo... después tuvimos un destape de nuestras propias compañeras donde demostraban todos nuestros problemas y las inequidades en nuestras propias vidas, pero para eso tuvimos que pasar algunos años juntas.... eso sí ¡porque somos un puño! (Quito, marzo de 2003).

Según Zonia Palán, hasta el gobierno de Febres Cordero la identidad del grupo estaba claramente articulada a la sociedad civil. “Respetábamos la democracia, pero nuestras acciones eran desde la sociedad civil y nosotras

siempre decíamos, ‘desde la otra vereda’, beligerante totalmente y no teníamos ningún puente con el Estado” (Zonia, Quito, marzo de 2003).

En el gobierno de Rodrigo Borja, en 1988, se presentó una discusión interna y se produjo una primera división del grupo, pues algunas integrantes fueron a trabajar en el Estado. Ya en la campaña, Mujeres por la Democracia participó activamente apoyando la candidatura de Rodrigo Borja, con propuestas orientadas a fortalecer los derechos de las mujeres. Se empezaban a plantear espacios de decisión en algunos organismos del Estado y a hablar de la cuota política para las mujeres, temas que como antes vimos ya los habían planteado otros grupos desde la década de 1970. Con la salida de algunas mujeres al gobierno también se empezó a plantear los dilemas de la partidización y de la institucionalización del movimiento. Durante la década de 1990, que se caracterizó por la aparición de muchas organizaciones no gubernamentales que trabajaban en torno a los derechos de las mujeres, Mujeres por la Democracia decide no institucionalizarse y mantenerse como agrupación social.

Reflexiones finales

Con este texto he buscado recuperar la presencia, voces y acciones de algunas mujeres que desde diversos sectores —sindicales, gremiales, del trabajo con organizaciones populares, desde centros de investigación o desde núcleos culturales— fueron poco a poco creando una presencia y conciencia feminista que apuntó a la denuncia de la subordinación de las mujeres tanto en lo público como en lo privado.

Una primera reflexión es que esa presencia se produjo en una década de grandes cambios para el país que fueron también contestados por las mujeres. El advenimiento de la democracia en los primeros años de la década de 1980 se transformó rápidamente en la experiencia de un proyecto autoritario, de violación de los derechos humanos y el giro hacia programas de ajuste estructural. La emergencia de subjetividades feministas se forjó en esa coyuntura, de modo que las rupturas con los partidos y las búsquedas de autonomía no se produjeron de manera ajena a estos procesos. Al

tiempo que las mujeres cuestionaban sus organizaciones, sus partidos, sus relaciones sentimentales y su vida cotidiana estaban luchando contra la violación de derechos humanos, contra la precariedad del ajuste y también en algunos casos por una presencia en el espacio público.

En segundo lugar, la emergencia de acciones feministas y de contrapúblicos feministas no se puede entender sin mirar la década de 1970, en la cual varias de aquellas mujeres, desde muy jóvenes, tuvieron experiencia de militancia, ya sea en partidos, en el movimiento estudiantil, en sindicatos, o experimentaron discriminación en sus estudios, es decir venían de experiencias de politicidad, un rasgo que no necesariamente encontramos en las militancias actuales que entran directamente al feminismo.

En tercer lugar, su origen de clase marcó su mirada hacia las diferencias; si bien encontramos iconografías y narrativas que incluyen una cierta conciencia de la diversidad y de la opresión que vivían mujeres trabajadoras, campesinas y de sectores populares, no existió un cuestionamiento a las desigualdades entre mujeres, en términos raciales, coloniales o étnicos, con pocas excepciones. Se pensaba más en términos de unidad que de diferencia y esto, sin duda, significó una visión homogenizante que no incluyó las voces y el liderazgo de mujeres afros, indígenas, lesbianas o trans en sus organizaciones, quienes por lo mismo mantuvieron sus propias agrupaciones.

Por último, existieron diversas posiciones frente al Estado; si bien todas fueron críticas frente a él y a los gobiernos de la década, algunas empezaron a alzar sus reclamos ante el Estado mientras que otras priorizaron la denuncia de la opresión social y cultural.

Referencias

- Álvarez, Sonia E. 1998. "Latin American Feminisms Go Global. Trends of the 1990s and Challenges for the New Millennium". En *Cultures of Politics Politics of Cultures Re-visioning Latin American Social Movements*, editado por Sonia Álvarez, Evelina Dagnino y Arturo Escobar, 293-324. Nueva York: Westview Press.

- Álvarez, Sonia E. 2014. "Enacting a Feminist Politics of Translation". En *Translocalities/Translocalidades. Feminist Politics of Translation in the Latin/a Américas*, editado por Sonia Álvarez, Claudia de Lima Costa, Verónica Feliu, Rebecca Hester, Norma Klahn y Millie Thayer, con asistencia de Cruz C. Bueno, 1-18. Durham, NC: Duke University Press.
- Anderson, Jeanine. 1992. *Intereses o justicia. ¿A dónde va la discusión sobre la mujer y el desarrollo?* Lima: Flora Tristán / Entre Mujeres.
- Connell, Raywin. 1987. *Gender and Power. Society, the Person, and Sexual Politics*. Stanford: Stanford University Press.
- Coronel, Valeria, Iván Orosa, María Pilar Troya y Daniela Schroeder. 2022. *Nela Martínez Espinosa (1912-2004). Mujeres de lucha, Mujeres en lucha*. Estudios Feministas 3. Quito: Archivo Martínez-Meriguet / Instituto Tricontinental de Investigación Social. https://thetricontinental.org/wp-content/uploads/2022/03/20220329-Feminismos03-NelaMartinez_ES_Web.pdf.
- Curiel, Ochy. 2007. "Crítica poscolonial desde las prácticas políticas del feminismo antirracista". *Revista Nómadas* 26: 92-101. <https://www.redalyc.org/pdf/1051/105115241010.pdf>
- 2021. *Feminismos decoloniales y transformación social. Diálogo con Diego Falconí Trávez*. Barcelona: ICARIA.
- Cuvi, María. 2007. "Representaciones de género y región en los discursos de las élites empresariales del Ecuador". En *Las propias y los ajenos. Miradas críticas sobre los discursos del movimiento de mujeres del Ecuador*, editado por Raquel Rodas, 109-150. Quito: Consejo Nacional de las Mujeres / ACDI / Abya-Yala.
- Cuvi, María, y Laura Buitrón. 2006. *Pensamiento feminista y escritos de mujeres en el Ecuador, 1989-1990. Bibliografía anotada*. Quito: UNIFEM / UNICEF.
- El Comercio*. 1983. "Fraternidad y democracia en encuentro femenino". 15 de julio, B1.

- Eskola Torres, Gladys. 2017. “Una mujer y enfermera en el subdecanato (1977-1979). La memoria de lo no escrito”. En *Historia de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Cuenca, 1867 -2017*, editado por Jaime Abad Vásquez, David Achig Balarezo, José Cabrera Vicuña, Ernesto Cañizares Aguilar, Gladys Eskola Torres, Jacinto Landívar Heredia y Raúl Pino Andrade, 110-120. Cuenca: Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Cuenca.
- Fernández Anderson, Cora. 2021. “Latin American Women’s Movements”. En *The Sociology of Latin America*, editado por Xochitl Bada y Liliana Rivera-Sánchez, 339-56. Oxford: Oxford University Press.
- Fraser, Nancy. 1989. “Struggle over Needs. Outline of a Socialist-Feminist Critical Theory of Late Capitalist Political Culture”. En *Unruly Practice. Power, Discourse and Gender in Contemporary Social Theory*, 161-90. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Friedman, Elisabeth Jay. 2016. *Interpreting the Internet. Feminist and Queer Counterpublics in Latin America*. Oakland, CA: University of California Press.
- Gargallo, Francesca. 2006. *Las ideas feministas latinoamericanas*. México D. F.: UNAM.
- Goetschel, Ana María. 2006. “Estudio introductorio”. En *Orígenes del feminismo en el Ecuador*, editado por Ana María Goetschel, 13-56. Quito: CONAMU / FLACSO Ecuador / Comisión de Género y Equidad Social del MDMQ / Secretaría de Desarrollo y Equidad Social del MDMQ / UNIFEM.
- Goetschel, Ana María, Mercedes Prieto, Andrea Pequeño y Gioconda Herrera. 2007. *De Memorias. Imágenes públicas de las mujeres ecuatorianas de comienzos y fines del siglo XX*. Quito: FONSAL.
- González, María Feliza. 1986. “Hermoso encuentro con nosotras”. *El Comercio*, 27 de abril, B5.
- Herrera, Gioconda. 2001. “El Género en el estado: entre el discurso civilizatorio y la ciudadanía”. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales* 11: 80-89. <https://doi.org/10.17141/iconos.11.2001.694>

- Herrera, Gioconda, y Lisset Coca. 2013. “Nuevas voces feministas en América Latina: ¿Continuidades, rupturas, resistencias? Presentación del Dossier”. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales* 45: 17–23.
<https://doi.org/10.17141/iconos.45.2013.3103>
- Jaquette, Jane S., ed. 2009. *Feminists Agendas and Democracies in Latin America*. Durham: Duke University Press.
- Larrondo, Marina, y Camila Ponce Lara, eds. 2019. *Activismos feministas jóvenes. Emergencias, actrices y luchas en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Logroño, Julieta. 2004. “Desafíos en la construcción de la ciudadanía de las mujeres en los espacios locales”. Tesis de maestría, FLACSO Ecuador. <http://hdl.handle.net/10469/3250>
- Lind, Amy. 2005. *Gendered Paradox. Women's Movements, State Restructuring, and Global Development in Ecuador*. Philadelphia: Penn State University Press.
- Muñoz Vicuña, Elías, y Leonardo Vicuña Izquierdo. 1985. *Movimiento obrero del Ecuador. 1970-1979. Documentos*. Colección Movimiento Obrero Ecuatoriano 7. Guayaquil: Universidad de Guayaquil.
- Prieto, Mercedes. 1986. “Notas sobre el movimiento de mujeres en el Ecuador”. En *Movimientos sociales en el Ecuador*, editado por Luis Verdesoto, 183-218. Quito: CLACSO / CAAP / CEDIME / CEPLAES / ILDIS.
- Prieto, Mercedes, y Ana María Goetschel. 2008. “Sufragio femenino en Ecuador (1884-1940)”. En *¿Qué género tiene el derecho? Ciudadanía, historia y globalización*, editado por Stefanie Kron y Karoline Noack, 116-142. Berlín: Edition Tranvía.
- Rivera Berruz, Stephanie. 2021. “Latin American Feminism”. En *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, editada por Edward N. Zalta. <https://plato.stanford.edu/archives/sum2021/entries/feminism-latin-america>
- Rodas Raquel. “Muchas Voces, demasiados Silencios”. 2007. En *Las propias y los ajenos. Miradas críticas sobre los discursos del movimiento de mujeres del Ecuador* editado por Raquel Rodas, 37-55. Quito: Agencia Canadiense para el Desarrollo Internacional-Fondo para la Igualdad de Género.
- Rodríguez, Lily. 1990. *Las mujeres de Solanda. Mujer, barrio popular y vida cotidiana*. Quito: CEPAM / ILDIS.

- Santillana, Alejandra, y Margarita Aguinaga. 2012. *El movimiento de mujeres y feministas del Ecuador*. Quito: Fundación Rosa Luxemburgo / Instituto de Estudios Ecuatorianos.
- Silva, Erika, ed. 2005. *Identidad y ciudadanía de las mujeres*. Quito: Abya-Yala.
- Silva de Acosta, Marcia. 1986. “El nacimiento legal del feminismo”. *El Comercio*, 27 de abril, B1.
- 1987. “Hoy, Día de la Mujer: Mujeres proclaman acción por la unidad, la vida y la paz”. *El Comercio*, 8 de marzo, B1.
- Troya, María del Pilar. 2006. “Discursos sobre ciudadanía del Movimiento de Mujeres de Ecuador a fines de los 90”. Tesis de maestría, FLACSO Ecuador. <http://hdl.handle.net/10469/639>
- Vargas, Virginia. 2002. “Los feminismos latinoamericanos en su tránsito al nuevo milenio. (Una lectura político personal)”. En *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*, coordinado por Daniel Mato, 307-316. Caracas: CLACSO / CEAP / FACES, Universidad Central de Venezuela.
- Vega, Silvia. 2000. “La ciudadanía incompleta de los movimientos de mujeres en el Ecuador”. En *Mujer, participación y desarrollo*, 225-256. Quito: CORDES / CEDIME.